

LOS MEJORES CUENTOS

SERAFIN J.
GARCIA



BOLSILIBROS ARCA

... pieri

LOS MEJORES CUENTOS

SERAFIN J.

GARCIA

ARCA / Montevideo

LOS
MEJORES
CUEENTOS

J. MARIN
GARCIA

Copyright by Editorial Arca
Colonia 1263, Montevideo
Queda hecho el depósito que marca la ley
Impreso en el Uruguay - Printed in Uruguay

INTRODUCCION

Quien se asome al mundo humilde de mis cuentos, advertirá que está poblado por criaturas de liso corazón, simples y transparentes como la elemental palabra de la lluvia.

Es un mundo muy pobre, además. Carece de fantasía. No luce exquisiteces imaginativas. Pero en cambio posee calor humano —al menos así lo creo—, porque proviene de mi propio aprendizaje vital, forjado en un contacto estrecho con el pueblo, origen y destino de todo cuanto escribo.

Mis cuentos vienen del pueblo y a él retornan, portando una tenaz esperanza de germinalidad. Hago con ellos lo que aprendí del árbol, que alzándose desde la semilla regresa luego a ella por el fruto para volver a subir, en constante proceso afirmativo. Y lo hago porque entiendo que es esta mi forma de cumplir con la vida. Los hombres pasan pero el pueblo queda. Hay que sembrar en él y para él, cuya entraña creadora está gestando siempre el porvenir del mundo.

Los personajes de mis cuentos no son, pues, entes abstractos, hijos de la ficción literaria, sino seres de carne y hueso. O por lo menos, están hechos con recuerdos de seres de carne y hueso cuyo dolor me golpeó al

guna vez el pecho, cuya soledad y cuyo desamparo me nusieron alguna vez frío en el alma. De ahí que el pueblo, reconociéndolos como cosa propia, sintiéndose vivir en ellos, les haya ofrecido a menudo un sitio cálido en su emoción y en su afecto.

Yo he procurado recogerlos siempre en su entera verdad, sin especulaciones ni aderezos dialécticos, a fin de que en el camino por ellos andado quede siquiera una huella que permita decir: "Por aquí pasó un hombre". Y también he procurado que ellos reflejen la sociedad en que viven; que ninguno aparezca como célula independiente del organismo colectivo sino que, por el contrario, la conformación anímica y mental de todos esos seres, su modo de ver y de entender el mundo, sus posibilidades y limitaciones, sus virtudes y defectos, respondan al clima de la vida de relación en que se desenvuelven, a la influencia del núcleo social que integran, y enraizados en el cual luchan y sufren, odian y aman, sueñan y trabajan. Porque la criatura humana suele ser inocente de sus males, de sus fracasos y aun de su abyección, determinados muchas veces por circunstancias adversas, por la hostilidad del ámbito en que alienta. Esas fuerzas externas vienen a resultar, a la postre, las verdaderas culpables de tantas miserias y frustraciones como le es dado ver, sobre todo en nuestro campo, a quien contempla la realidad cara a cara, sin arroparla ni embellecerla con velos fantasiosos.

En lo que a mí respecta, siempre he preferido la verdad a la idealización. De ahí que los personajes de mis cuentos sean como los hombres que los inspiraron: seres comunes y sencillos que no desmienten su falible carne, que no reniegan del olor humilde de la tierra que pisan, que enfrentan con coraje los rigores de la difícil lucha por el pan cotidiano, por la cristalización del sueño que sostiene y consuela, por la conquista de su pequeña parte de felicidad.

Tal es la posición que mi conciencia de narrador realista me señala. Yo soy un escritor que escribo en función de hombre y no de literato. Por lo que el hombre me duele dentro y por lo que de él espero y creo, procedo de tal modo. Me expreso así por un imperativo natural, como otros se expresan abriendo un surco en la tierra o un rumbo en el océano. Y no podría cambiar, aunque quisiera, pues no se modifica lo entrañable.

S. J. G.

LA MUJER

El sol acaba de hundirse tras el monte cercano, lleno ya de un canturreo melancólico de palomas.

La mujer se dispone a echar la tranca y a correr los pasadores de la puerta cuando oye los ladridos del perro. Un miedo instintivo le eriza la piel y le sacude con fuerza el corazón.

Ella sabe que "Leal" sólo ladra cuando se acerca gente. Acaso sea un malhechor el que llega. Habrá visto salir a su marido, se habrá enterado de que no volverá esa noche, y pretende seguramente aprovechar la ocasión.

Su primer impulso es el de encerrarse de prisa y no responder al llamado del visitante, quienquiera que éste sea.

Reacciona, empero, y consigue sobreponerse momentáneamente al terror que le paraliza la sangre. Abre la puerta con mano torpe y mira. Un hombre se aproxima, en efecto. Monta un pangaré ensillado con apero pobre, cuya fatiga se manifiesta en el vaivén de los ijares trémulos, en el pescuezo caído y sudoroso, en la espuma que le gotea del belfo.

A la bermeja contraluz del crepúsculo, la figura del jinete se recorta con sombríos y violentos trazos. Negros poncho y golilla, botas y bombacha. Negro el sombrero de abollada copa y anchas alas blanduzcas. Y no menos negra la barba que cierra el rostro oval, de rasgos firmes y enérgicos.

A la mujer vuelve a sobrecogerla el miedo ante esa presencia tétrica, ante esa forma oscura y silenciosa que llega como anticipando la noche. Procura disimularlo, pero sus manos sin sosiego la delatan. Tiene que hacer un gran esfuerzo para poder gritarle al perro, que menudea sus ladridos furiosos y sus embestidas:

—¡Ya p'ajuera, Lial!

El hombre agradece, tocando apenas el ala mustia de su sombrero, y habla después, calmoso. Su voz ancha y grave agranda la sugestión dramática que lo envuelve:

—¡Güenas tardes!

—¡Güenas!...

Sucedan al saludo unos segundos de silencio que a la mujer parécenle interminables. Luego vuelve a sonar en la sobretarde quieta la voz reposada del extraño visitante.

—¿Me da permiso?

Aquella voz cobra al golpear contra el miedo de la mujer las proyecciones más variadas y absurdas. Con el pecho oprimido por la angustia, tensos los nervios, piensa ella en un segundo multitud de cosas disparatadas, sin relación ni orden. Y en su aturullamiento, sólo acierta a responder:

—Abájesé...

Intenta al punto rectificarse, decirle que está sola, que no le es posible recibirlo a tales horas y en tales circunstancias: pero el hombre ya ha echado pie a tierra, revoleando su rebenque para contener al perro, que vuelve a acometerlo. Ese movimiento pone en descubierto el mango nacarado de un revólver, que asoma por entre los pliegues laterales del poncho cortón y vuelve a desaparecer al instante. El pánico de la mujer no encuentra otra salida que la voz descompuesta, chillona, con que le grita al perro:

—¡Tate quieto, Lial!

El animal acata entre gruñidos la orden. Entonces, con el caballo de tiro, camina el hombre hasta el galponcito de ripias, de cuyo tirante arqueado penden guascas, arreos de carro, trastos viejos.

La mujer lo sigue sin despegar de él los ojos, con un aire obseso de hipnotizada o sonámbula. Tiene las

piernas flojas y el corazón le pesa como una piedra. Sin embargo dice:

—Desensiye...

Recién entonces la mira cara a cara el desconocido. Entre la tupida y negrísima pelambre que los cerca, sus ojos arden como dos brasas redondas. Se ha echado el sombrero a la nuca y muestra la palidez azulosa, cada-
vérica, de la ancha frente, que hace resaltar aún más aquel fuego sondero de las pupilas. En los labios cuarteados, resecos, humea desganadamente un pucho inmóvil.

La voz calmosa sale ahora como afelpándose en suavidades cordiales, a tono con la tersura del crepúsculo que comienza a apagarse:

—Así lo haré. Muchas gracias.

Ahora el desconocido está sentado en la cocina, calentando sus miembros al fuego, que chispea indiferente, y chupando con avidez el mate que la dueña de casa acaba de prepararle. Esta, entre tanto, extiende sus mejores sábanas —que trascienden todavía generosa fragancia de resol— sobre un catre de tijera que acaba de abrir allí cerca, en un ángulo de la pieza. Después se acurruca junto a la negra olla de hierro y “espuma” meticulosamente el pullerito rezongón. Tiene la sensación recóndita, casi subconsciente, de sostenerse sobre piernas ajenas, de obrar con manos que no le pertenecen. Sus sentidos, dolorosamente agudizados por el terror, auscultan los mil pequeños rumores de la noche —que ha cerrado ya—, los deforman y les atribuyen pavorosos orígenes. Por otra parte su imaginación, adelantándose al tiempo, comienza a vivir la angustia de las horas próximas. Se ve insomne en su cama de la habitación contigua, hiprestesiados hasta el sufrimiento los nervios, alerta el

oído, desorbitados los ojos por el ansia de agujerear las tinieblas, esperando a cada segundo el empujón que hará saltar la aldaba de la puerta endeble, dejándola a merced de aquel hombre enigmático. Ya le parece distinguir sus ojos de brasa ardiendo en la oscuridad y sentir sus manos de dedos largos, tan pálidos como la frente, tanteándole con sigilo el cuerpo por encima de la colcha, deslizándose, subrepticias, hasta la piel erizada de su garganta.

El corazón le martillea con fuerza a cada movimiento del huésped, que sigue tomando el mate en silencio. Por momentos le empapa las sienes un sudor frío, que ella enjuga con la punta del delantal. Bruscas ráfagas de pavor le viborean en la médula y le hielan hasta la raíz del cabello.

De pronto vuelve a ladrar afuera el perro. Primero es un ladrido aislado, cuyo eco queda vibrando en la profundidad de la serena noche. Luego otros cinco o seis, que se suceden atropelladamente. Y en seguida una carrera hacia el campo, del lado del camino, con su trayectoria delatada por el furioso gruñir del animal.

El hombre y la mujer se han puesto de pie en impulso simultáneo. Lejos aún, percíbese un rumor como de sables que a cada segundo se hace más concreto y nítido.

—¡La polecía! —grita ella con una indefinible entonación en la voz.

Y sobreponiéndose rápidamente al miedo que la embarga clava sus ojos en los del misterioso huésped.

Este tiene ya en la diestra el revólver de mango nacarado. El fulgor de las pupilas de brasa se ha hecho más duro, más hondo. El negro poncho, recogido y echado hacia atrás con además resuelto, deja ver el largo puñal que cruza al sesgo la cintura. Pero deja ver también algo más que eso; algo de lo cual la mujer no puede apartar los ojos asombrados: un gran coágulo de sangre

negruzca que endurece el merino de la bombacha, a la altura de la cadera.

Recién entonces comprende ella el por qué de la palidez del desconocido, de las estrías de fiebre que le parten los labios resecos, del fuego reconcentrado de las pupilas, de la sed insaciable que haciale vaciar de un solo sorbo el mate refrescante. Y también de la casi imperceptible cojera que creyó advertir en él cuando caminaban hacia la cocina.

Quién sabe cuántas horas hace que lo hirieron, cuánta sangre ha perdido. Sin duda necesita reposo, cuidados de los que acaso dependa su salvación. Y sin embargo está ahí todavía, de pie, con el revólver en la mano y una inquebrantable resolución en la mirada, en el pliegue que sella su boca enérgica, en la inmovilidad de su figura pasmosamente tranquila.

La mujer ya no piensa en sí misma ni teme al posible malhechor que está junto a ella. Sólo ve un hombre herido, febril, exangüe, y pronto, a pesar de todo, para enfrentar de nuevo a sus perseguidores. Sus ojos no consiguen desprenderse de aquel cuajarón duro y espeso que ensucia las ropas del huésped. El luto, que al principio contribuyera a acrecentar su terror, empieza a humanizarle poderosamente esa figura silenciosa y sufrida que aguarda sin encogerse el peligro, las balas que no tardarán en llegar buscando el resto de su sangre...

Salta resuelta hacia el candil y lo apaga con un soplo firme y rápido. Quita del fuego la olla rezongona, para evitar su delación, y aguarda acucillada, cubriendo con su cuerpo el resplandor de los tizones a medio consumir.

Suenan ya muy próximos los pasos de la patrulla. Oyese la voz ruda de alguien que amenaza al enardecido perro. Después sacuden la puerta tres golpes recios, que parecen dados con el mango de un rebenque.

—¿Quién es? —pregunta la mujer con una voz asombrosamente tranquila.

—¡La polecía!

—¿Y qué quieren? ¡Yo ya estoy acostada! ¡Estas no son horas de andar incomodando a los vecinos!

—¡Disculpe la molestia! ¿Usted no vido pasar por el camino esta tardecita a un hombre emponchao, tuito'e luto y con la barba larga, que montaba un pangaré?

—¡Lo vide, sí, señor!

—¿Y no sabría decirnos pa qué lao agarró?

—Pal lao de la frontera... a media rienda... Si no se apuran no lo van a alcanzar!...

(De: En carne viva)

GARITO

—Copo al dunga.

—Recopo. Me gusta de alma ese mancarrón.

El tallador, un pardo lampiño apodado "Mano'e Seda", con tanta fama de guapo como de taura, da vuelta el mazo, se lleva rápidamente a la lengua los dedos índice y mayor de la diestra, para evitar que resbalen en los naipes demasiados nuevos, y comienza a "tirar".

Veinte ojos recelosos están pendientes de los movimientos de sus manos cuidadas, serenas, en las que no se advierte el más mínimo temblor.

La pieza donde "chamanguean" es pequeña, y la densa humareda que en ella flota parece reducirla más aún. El farol que cuelga del tirante mueve con desgano su llama triste, cada vez más débil, que parece asfixiarse dentro del tubo emparchado, contra el cual se golpean estúpidamente dos o tres "barbuletas".

El calor, acentuado por el encierro, hace transpirar abundantemente a los jugadores. Huele el aire enrarecido a sobaco, a puchos y a querosén. Un mate lavado "como lágrima'e viuda" anda de mano en mano, remojando los gargueros ardientes. El cebador, viejo barbudo e impasible, "embolsica" parsimoniosamente las "latas" que le dan de propina, ensaya una sonrisa que queda siempre enredada entre la maraña que le oculta la boca, y continúa arrastrando sus alpargatas y su silencio alrededor de la mesa.

La aparición del dos de bastos rompe la expectativa. El del recopo, tensos los nervios, se mordisquea las ya "tronchitas" uñas a modo de desahogo. "Mano'e Seda", imperturbable, arrastra las fichas ganadas hacia la banca.

—Doy en tres.

—Tomo.

Ahora es un dos de copas el que se hace presente, arrancando gruesas interjecciones al perdedor.

—Dea cachucha, don.

—Güeno. Por hacerle el gusto...

Al "Cuervo" hace rato que le han llevado el último vintén. Luego de fracasar en dos o tres "pechazos", y no pudiendo resignarse a ser un simple mirón, opta por el sacrificio de su antiguo reloj de plata. Le produce un poco de pena desprenderse de él. Ese reloj, que fuera de su padre, le acompaña hace más de veinte años. Bajo su tapa posterior, "gasta" por el tiempo y empañada por el óxido, conserva el rico castaño que con trémula mano cortara a Laura, su hija, antes de que el sepulturero claveteara la tapa blanca del humilde féretro junto a la boca de la fosa abierta para engullirla...

Pero la pasión del juego, dueña ya por completo de su voluntad, vence el endeble escrúpulo que araña su conciencia de pobre diablo.

Saca de su escondrijo el puñadito de cabellos descoloridos, lo envuelve en las tapas del librillo de papel "Duque", y lo guarda en uno de los recovecos del espacioso cinto. Después coloca sobre la mesa el reloj y dice sin titubear:

—¿Cuánto vale esta preciosura, señores?

Los otros miran alternativamente al objeto y a su dueño, cuya fama de pícaro conocen bien.

—¿No será como el poncho? —pregunta "Mano'e Seda", mientras examina atentamente el reloj.

El recuerdo de la mentada anécdota del poncho levanta un coro de risas. La cosa sucedió allí mismo, algunos meses atrás. El "Cuervo", que en tal ocasión había sido también completamente "desplumado", hizo una salida furtiva y regresó con un poncho de verano, plegado en ocho o diez dobleces, que ofreció por un precio irrisorio a la rueda. No faltó el pichincherero dispues-

to a aprovechar la coyuntura favorable que se le presentaba, y así la prenda cambió de dueño. Pero cuando, terminado el juego, desdobló el poncho el nuevo propietario, con el fin de probárselo, se encontró con que tenía más agujeros que reales pagara por él. Sin embargo, como había salido ganancioso al "chamamé" y tenía, en consecuencia, retozón el humor, ni siquiera se le ocurrió enfadarse. Y encarándose con el "Cuervo" le tendió otro billete de a peso mientras le decía:

—Tomá pa que me enseñes cuál es la boca...

El reloj, que conserva todavía el calor del cuerpo de su dueño, pasa de mano en mano entre cuchufletas irónicas.

—Casualmente a mi mujer le hace falta un tacho pa dulce.

—Compadrón como hijo'e rico, el relesito.

—Y con más firuletes en la tapa que sobrepuesto'e bayano.

—Lástima que está tan en baja la chafalonía...

El "Cuervo" soporta impasible las pullas de los jugadores. Finalmente un indio rollizo y carón, conocido por "Planchuela" a causa de sus pies anchísimos, aventura una oferta haciéndose el magnánimo:

—Le doy quince riales por esa catraya, amigo. Sólo por hacerle una piernita, ¿sabe?, porque hombre calavera como yo no precisa relós pa saber en qué hora vive.

—No sea cascarudo. Yo le garanto que es de plata ligítima.

—¿Lo qué? Sepa que soy tan liberal como el que más. Tome estos dos mangangases y no se vuelva a desbocar, compañero, pues nunca falta un domador pa un potro.

Ante la vista del dinero, el "Cuervo" opta por la doble aflojada. Entrega el reloj y finge no haber oído las últimas palabras de "Planchuela".

Ya en posesión de los dos pesos, observa el juego antes de apostar. Espera que el azar, ilógico, alocado, se "asiente" y deje ver su secreto.

Ocho o diez veces echa cartas "Mano'e Seda" sin que él se decida por ninguna. Primero le parece que "se da el juego de cruz"; después, el de "mayor y menor"; por último, el de "nones".

Convencido entonces de que está en su poder la clave de la suerte, apuesta todo su dinero a un tres de espadas contra una sota de oros. Acierta, seguro de que ello se debe a su "ciencia" y no a una concesión de la tornadiza fortuna, encaprichada en volverle la espalda hasta ese instante. También le son favorables los naipes en la segunda y la tercera apuestas. Sigue acertando, y pronto se ve con un grueso montón de fichas por delante. Los otros jugadores, admirados de su "liga", comienzan a seguirlo en el apunte. La banca de "Mano'e Seda" se viene abajo. Está "tecliando" ya cuando el pardo arroja el mazo de naipes sobre la frazada que sirve de tapete y dice sin perder su calma:

—Que taye otro. No hay quien aguante la riacha de este hombre...

El "Cuervo", entusiasmado por el éxito, perdida por completo la apocadora humildad que un rato antes lo expusiera, lastimoso, a la befa general, ocupa el sitio dejado por "Mano'e Seda", recoge las cartas y se dispone a bancar.

La suerte continúa de su lado. Los otros ensayan inútilmente cábalas y "quiebrajuegos". Pronto está en su poder casi todo el dinero de la reunión. Gana "arriba y abajo", en "puerta", en "salto atrás", hasta en "cabeza de mono". Todas las variantes con que los contrarios buscan cortar su "potra" se resuelven en su beneficio. Pero no está conforme aún. En los ojos le arde la llama absorbente de la codicia. Mientras haya una moneda fuera de sus manos no cejará en su empeño de ganarla.

De pronto irrumpe en el garito un chiquillo de unos doce años, magro y andrajoso, con las orejas casi tapadas por largos mechones de pelo inculto y gruesos nudos de anemia abultándole en el cuello.

—Tata —dice encarándose con el "Cuervo", y jadeando a causa del sofocón de la carrera—; a mamita le dio un ataque y está caída en la cocina, sin habla, echando espuma por la boca...

El hombre no puede reprimir un gesto de contrariedad. ¡Tan luego ahora, que está "en la buena", se le ocurre a su mujer atacarse!

Reflexiona un instante, rascándose la nuca con sus flacos dedos de uñas renegridas. Luego contesta:

—Vaya diendo nomás, m'hijito, que en seguidita salgo p'ayá...

Y como el niño insiste lloriqueando, aferrado con ambas manos a la manga de su camisa, lo aparta con brusquedad.

—¡Andá, te digo, gurí mal enseñao!

No ha salido todavía el muchacho cuando ya están de nuevo las cartas sobre el tapete mugriento.

—Matungo y china. Al apunte, calaveras...

Pero la fortuna le abandona de súbito. Ahora aciertan todos y de todas maneras. Al cabo de poco rato alguien copa y hace saltar la banca.

El "Cuervo" se incorpora. No le queda ni un vintén. Tampoco tiene nada de valor para la "quemá". Entonces dice, mientras se enjuga con ambas manos el sudor que le empapa la frente estrecha:

—Me tengo que dir, señores, porque parece que las cosas no andan muy bien por mi rancho...

(De: En carne viva)

MONTEADORES

—¿Pitamos?

—Lo estaba por convidar.

Las hachas quedan cimbrándose, clavadas en el tronco del recio viraró. Los hombres se enjugan la frente con el dorso de la mano, abanicándose un instante el rostro con sus viejos sombreros y luego se dejan caer a la sombra de un frondoso canelón. Ambos respiran fatigosamente. Tienen congestionadas las facciones y soñolientos los ojos. Por las aberturas de las toscas camisas asoman los pechos velludos, empapados de sudor.

—¡Día bravo! —dice el pardo Segundo.

—Mismo —asiente Margarito—. Yo estoy cocido'e calor.

Arman cada uno un cigarro de tabaco negro y pónense a fumar en silencio, lentamente. Son las dos de la tarde. La temperatura es sofocante. Un sol de enero, rabiosamente desnudo, irradia su haz de llamas sobre la tierra ocre, reseca y agrietada por la sed. Vibra una furia incesante de élitros y zumbidos. Y una nube de tábanos raya con sus bordeneos la modorra del día.

A Margarito se le cierran los ojos. Sus sesenta años ya no pueden con el cansancio que oprime su cuerpo enjuto. Coloca sobre los ojos el raído sombrero y casi de inmediato se le oye roncar.

Su compañero lo contempla con lástima. El es joven todavía. Y posee una férrea contextura y una plétora de salud poco común. Empero, ha sentido más de una vez flaquear sus fuerzas y desmayar su voluntad ante la rudeza abrumadora de aquel trabajo.

Hace tres meses largos que hacen allí, desde el amanecer hasta la noche, volteando coronillas y talas, viraroes y quebrachos, tarumanes y talas. Ya se cuentan

por centenares los árboles que han derribado en ese monte inmenso, virgen hasta entonces.

Segundo vuelve a observar al viejo Margarito, que continúa roncando estrepitosamente, insensible al lanceteo de los tábanos que se ahítan con su sangre. Luego se incorpora sin prisa, desesperézase, coloca el pucho apagado detrás de la oreja y vuelve a empuñar el hacha.

Recomienzan los golpes, pausados, cadenciosos. El hombre los acompaña con ese acezar característico de los monteadores, que da la sensación de hacer más hondo el hachazo.

El hacha hiere al sesgo una y otra vez, desde arriba hacia abajo, desde abajo hacia arriba, sin desviarse nunca del tajo, como que la guía el diestro pulso de quien se ha encallecido manejándola.

El gigantesco viraró va cediendo poco a poco al esfuerzo del hombre. Su duro tronco cruje sonoramente a cada hachazo. Sus gruesas astillas saltan zumbando como proyectiles. Su ramaje tiembla. Ya no habrá de tardar en desplomarse, pues el terco filo del acero ha empezado a morder las vetas rojizas de su corazón.

Segundo suda a mares, como si todos los poros de su piel se hubieran convertido en manantiales. Ya la camisa de franela, empapada, se pega a su cuerpo y comienza a molestarlo. Se la quita, y con el torso desnudo —en el que los tábanos fingen lunares grises— continúa hendiendo el recio tronco, poseído de una especie de furia que parece crecer paralela a su fatiga. Lo golpea rabiosamente, como si el árbol fuera un enemigo.

Margarito no oye los golpes del hacha, ni siente el aguijón de los tábanos, ni los flechazos del sol que se ha filtrado por entre las ramas y tuesta su enjuta cara. Tan profundo es su sopor, que sin los ronquidos que alzan y bajan su huesudo pecho podría creérsele muerto.

Pero de súbito se incorpora con un grito de espan-

to, al que sigue una "chorrera" de insultos y de maldiciones. ¿Habría estado soñando? ¿Sería aquello una horrible pesadilla?

Ansiosamente recorren sus miradas la hojarasca seca sobre la cual yacía. Y descubre de pronto, a dos pasos de él, la cabeza triangular de una crucera, que lo contempla con la inexpresiva dureza de sus ojos inmóviles.

—¡Bicho condena! —gruñe llevándose ambas manos a la garganta, donde acaba de sentir un agudísimo dolor—. ¡Esto era l'único que me faltaba!

Segundo suelta el hacha y corre hacia su compañero.

—¿Tá disvariando, viejo? ¿Qué le pasa?

—Me picó una crucera —responde Margarito—. ¡Y en qué lugar, fíjese! ¡Pa mí que de esta güelta no me escapó!

Habla con voz tranquila, ahora. Pasada la primera impresión vuelve a ser el hombre amargo, rudo y fuerte que había sido siempre.

Antes que nada, Segundo se apodera de una astilla y aplasta la cabeza del ofidio, que ya escapa reptando por entre la hojarasca. Lo hace sin titubeos, con pulso firme, pues está acostumbrado a "lidiar" con semejantes bichos.

—¿A ver, don Margarito? ¿A ver? —dice después aproximándose al viejo.

Examina el cuello de su compañero. Allí, sobre la carótida, descubre dos pinchazos, dos "ojitos" de sangre semicoagulada.

—¡La fresca! —piensa— ¡Lo mordió en mal lugar la arrastrada! ¡Pa mí que está frito nomás el pobre viejo! Y luego, en voz alta:

—Me parece que jue un rajuñoncito'e refilón. Agatas levantó el cuero.

—No amuele, amigo. Si yo bien sé que d'estos y de los degoyaos ninguno salva.

—¡Pucha que se me julepió fiero, don Margarito! ¡Y lo pior del caso es que aquí no ganamos ni pa jabón, como dicen!

Segundo se rasca la cabeza con aire perplejo. No sabe qué hacer. Si el viejo hubiera sido mordido en una mano o un pie, como ocurre generalmente, el remedio era sencillísimo: empuñar el cuchillo y rebanar de un solo tajo la carne de la zona afectada, antes de que la ponzoña circulase. No había procedimiento mejor. El lo sabía por experiencia propia. Cierta vez que monteaba solo, allá por el Cebollatí, fue mordido por una crucera en el dedo pequeño del pie izquierdo. No vaciló un momento. Puso el pie sobre un tronco de tembetarí, echó mano al machete de abrir picadas que llevaba siempre consigo, y el dedo herido saltó... Ahora mismo, como si quisiera dar fe de aquel hecho, está asomando por un "trabón" de la alpargata el "toquito" que le quedara "pa muestra", según gustaba decir.

Pero el caso de Margarito es distinto y no permite poner en práctica tan eficaz remedio. Hay que llevar el compañero al pueblo. Y de inmediato. No cabe otra solución.

—¿Vamos diendo pa las casas?

—Vamos.

Toman la estrecha picada que conduce fuera del monte. Por fortuna, la estancia dista poco de allí.

Llegan al galpón. Un viejo "guasquero", sentado en un tronco de ceibo, está "desbarbando" tientos. Segundo le explica lo ocurrido y pide hablar con el patrón.

—Está durmiendo la siesta —dice el otro—. Y se v'alunar en fija si lo fastidean tan temprano.

—¡Pues hay que yamarlo en seguidita, amigo! ¡Vaya usted que es de la casa! ¡Y si no se anima voy yo!

El "guasquero" sale despacio, refunfuñando. Las

chancletas le golpetean con estrépito los cuerudos talones. Segundo ya no puede contenerse.

—¡Movete, viejo adulón! —le grita—. ¿O estás queriendo que te lleve a planchazos?

Momentos después aparece el estanciero, enfurruñado, rojos de vino y sueño los ojos y la boca contraída en expresión de disgusto.

—¿Dónde lo mordió? —pregunta con acritud mal reprimida.

—Aquí, patrón —responde Margarito, llevándose la mano al cuello, que ha empezado ya a hincharse.

—¡Ah, con que ahí, no? Eso demuestra que en vez de estar trabajando, como es su obligación, se habría echado a dormir a pierna suelta! ¡Ahí tiene lo que ha ganado por haraganear!

El viejo, confundido, balbucea algunas palabras, a manera de excusa. El otro se envalentona:

—¡Uno les da trabajo a estos señores, para que no pasen hambre, y ellos pagan con una patada, igual que el burro, ¿eh?

Segundo interviene, áspero:

—No hay que perder más tiempo, patrón, porque el caso es serio. ¿Usted no podría mandar este hombre al pueblo en su auto?

—¡Imposible! De buena gana lo haría si pudiera. Pero el chofer está enfermo desde ayer. Y yo no puedo abandonar la estancia porque estoy esperando un comprador de hacienda que llega esta misma tarde.

Y antes de que Segundo, estupefacto, acierte a replicar, añade:

—Pero ahí tienen el carro a disposición de ustedes. Le prenden la yunta de tordillos y en un rato están allá.

—Mire que son seis leguas y pico. Yegaremos tarde...

—¡Bah! Pueden ir tranquilos. El veneno de la víbora de la cruz produce efecto muy lento.

Y encarándose con el viejo, le da una palmadita en el hombro y le dice con una voz que en vano intenta ser afectuosa:

—¡Coraje, amigo! Un oriental no debe asustarse por tan poca cosa. Eso se deja para los gringos, ¡qué diantrel!

Y ríe con una risita forzada y nerviosa, que le mueve todo el vientre.

Instantes más tarde, dando tumbos en los baches del camino y envuelto en una polvareda ardiente, avanza el carro con los monteadores.

¡Seis leguas largas sobre aquel tosco armatoste, del que tiran dos caballejos enclenques y esmirriados, y bajo el azote de un sol abrasador, que fatalmente habrá de convertirse en aliado del veneno! Aquello es desesperante. Segundo no cree que su compañero pueda llegar con vida al pueblo. Empero, fustiga sin treguas a los flacos y peludos tordillos.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Tira, matungo disgraciao!

Y el arreador restalla incesantemente sobre los filosos lomos, ensangrentados por el tabanero.

—¡Pobres mancarrones! —piensa con lástima el hombre—. Tras de viejos y recalcaos, tener que aguantar una felpiada como ésta. Pero no hay más remedio que apurarse.

—¡Qué sé bárbara me ha dao! —dice de pronto el viejo.

Segundo lo atisba de soslayo. El cuello de Margarito aparece ahora deforme, monstruoso a causa de la hinchazón. De nada le han valido las compresas de salmuera que le aplicara antes de ponerse en camino. El veneno prosigue su mortífera obra. Por los bordes del vendaje se ve la piel tensa y amoratada.

—No yega vivo —piensa con desaliento el pardo.

Un espinillo solitario que se yergue, amarilleando de flores, a un lado del camino, indícale la distancia recorrida. ¡Tres leguas recién! ¡Como para abrigar esperanzas!

El carro sigue rodando pesadamente, ajeno a la ansiedad de los hombres. Relumbran al sol las llantas, lustradas por la menuda pedriza. Se quejan, monótonos, los ejes mal engrasados.

—¿Cómo anda ese coraje, compañero?

—¡Mmm!...

Margarito ya no habla. La hinchazón, cada vez más extendida, le ha paralizado la lengua. Respira penosamente. De sus encías comienza a manar sangre en abundancia. Y sus ojos, muy abiertos, parece que quisieran escapar de las cuencas.

—¡Tira, sotreta! ¡Tiraal!

Toda la impaciencia de Segundo se ha transmitido al látigo, que silba rabiosamente. Pero los caballos trotan cada vez menos. Y la raya sinuosa del camino sigue estirándose hacia el horizonte.

El pardo vuelve a observar a hurtadillas al compañero, cuyos ojos desorbitados parecen suplicar una prisa imposible, y se muerde los labios con impotente furia. No han hecho cuatro leguas todavía y Margarito se está muriendo ya. Lo anuncian claramente las contracciones de sus músculos y el ronquido entrecortado que escapa de su garganta.

Convencido de que todo apuro es inútil, Segundo sujeta los caballos para evitar al agonizante las dolorosas sacudidas de la marcha. Puesto que ha de morir irremediabilmente, sólo cabe intentar ese recurso piadoso.

Ahora Margarito se ha dejado caer sobre las rodillas del pardo y lo mira con una fijeza intensa, desesperante. Acaso quiere reflejar en sus ojos vidriosos el sentido de las palabras que su boca se niega a articular.

Segundo cree comprenderlo. Ansía hablarle sin duda de la mujer y los hijos, cuyo recuerdo ha de estar amargándole el trance definitivo.

Una emoción incontenible anuda la garganta del pardo. El ha visto morir a más de un hombre. Y sin embargo, nunca experimentó la angustia que ahora siente.

Pero no es por el moribundo que se apena, pues entiende que para ese pobre viejo morir es descansar. Es por quienes habrán de salirle al encuentro en el rancho miserable, cuando llegue; por la desamparada familia, ante cuyo sufrimiento no sabrá qué decir.

Margarito está boqueando ya. Intermitentes espasmos le sacuden las piernas y los brazos.

—¡No se me entregue, compañero viejo! —le grita.

Pero el otro ya no puede escucharlo. Tras un último estertor acaba de inmovilizarse para siempre, entreabiertos los labios y los párpados.

Segundo acuesta el cadáver sobre el piso del carro, y luego se enjuga los ojos con la manga de la camisa.

—¡Vida puta! —rezonga.

Y empuñando otra vez las riendas reanuda la marcha despacio, al tranquito apenas.

Ahora no lleva apuro. No quisiera llegar nunca. Tiene un miedo tremendo de llegar.

(De: En carne viva).

Eulogio estaba contento con el compañero. Desde el primer día quedaron como uña y carne. Todo se hizo común entre ellos: el dinero, las pilchas, el mate amargo, el tabaco...

Se conocieron en el boliche del "Avestruz", una nohecita de octubre. Eulogio iba a pedir su primera caña cuando el otro se le acercó tendiéndole el vaso:

—¿No gusta acompañarme, amigo?

Le sonó bien aquella voz madura, de franco timbre varonil. Miró de arriba abajo al hombre. Vestía pobremente y no con mucha limpieza. Bombacha de casineta gris, raído saco de lustrina, pañuelo de medio luto y alpargatas marrones, hilachudas, dentro de las que se marcaban con nitidez los dedos abiertos, grandes y "abrujonaos" de callos.

—Ya que se incomodó...

—¡Salga de ahí! ¿De qué incómodo me está hablando?

Bebieron. El invitante hizo chasquear dos o tres veces la lengua y opinó con aplomo de entendido:

—Pernambucana ligitima. De la que a mí me gustaba cargar cuando contrabandaba.

Aquellas palabras abrieron en una sonrisa de aprobación los pulposos labios del "Avestruz", a la vez que aumentaron la simpatía de Eulogio, que siempre había sentido admiración por los contrabandistas.

Entre chupada y chupada a su "tramojo", humeante, preguntó éste:

—¿Y por qué dejé'e cargarla, pues? Que es linda esa vida no me lo va a negar...

—Claro que es linda. Pero resultó que los guardas me agarraron mal acomodao una ocasión y me deja-

ron como pa tirarme al agua. Dende esa vez no he podido levantar cabeza, amigo.

Y viendo que el vaso estaba ya vacío, agregó el hombre volviéndose hacia el pulpero:

—Eche otra, don, porque al compañero no le alcanzó la ración ni pa enyenar un aujerito'e muela.

Eulogio hurgaba ya con los dedos en el ancho cinto, dispuesto a "madrugarlo" en el pago.

—¡Qué esperanza! ¡Esta güelta es mial!

—¡Avisel! ¡Si jui yo el que convidé!

Discutieron, amicales, el derecho a desprenderse de la moneda que simultáneamente alcanzaban al "Avestruz". Este paseaba sus ojos de uno a otro parroquiano, sin saber a cual cobrarle. El de las alpargatas hilachudas dijo entonces, bromeando:

—Le conviene la mía porque es más nueva, don. La del compañero ya está muy gastita...

Rieron los tres celebrando la "agachada", y el pulpero se decidió por la moneda más joven. Pero Eulogio no cejaba:

—Entonces guarde también este cascajo viejo, pa la rueda que sigue.

Menudeaban los tragos. Iban y venían las tabaqueras jaretudas.

—Haga del mío, esté...

—Ahura tiene que probar mi peluquiya, esté...

Finalmente los "esté" acabaron por estorbar. Y entonces surgieron espontáneos los nombres para reemplazarlos.

—Yo me yamo Ulogio Gómez, servidor de usted...

—Y yo Timoteo Cabral, pa lo que guste mandar. En mi pago me apodaban el "Lunarejo" culpa de este mechón...

Y quitándose el sombrero señaló la "reboleda" de cabellos blancos, que contrastaba con el resto de la pelambre, brillante de tan negra.

—¿Quéda lejos su pago, Timoteo? Y disculpe...

—Lejazo. Soy crioyo de las costas del Daymán. De ande el Diablo perdió el poncho, como quien dice...

Y añadió poniéndose repentinamente serio:

—Pero hace una carrada de años que vivo como bandera'e remate. Ya cuasi no queda recoveco del páis que no conozca. Yo soy muy buscavida, le garanto. No le hago asco a ningún trabajo. Pa mí es igual el jabón que el hilo negro, como decían los antiguos. Y asina mesmo hay veces que me veo a los tirones pa puchar.

Eulogio, con los ojos chiquitos a causa de la caña y del humo, interrumpióle sin escuchar sus últimas palabras:

—Debe ser macanudo eso de vivir cambiando'e pago, sin echar raíces... A mí nunca me dio la loca por ahí; pero tiene que ser lindazo, ¿no?

—Asigún... Se aprende mucho, 'tá claro; se ven cosas que usted ni se hace una idea; se conoce gente a bocha y de distinta laya... Y tuito eso enseña a vivir, no hay que hacerle... Pero lo malo es que al pobre el pan le matretea en cualquier parte, ¿comprende? Yo no sé si será por eso que a la larga uno se acobarda de rodar, de sarandiar al fiudo como maleta'e loco...

A Eulogio el alcohol lo había puesto corajudo y optimista.

—Tome otro trago y no se me ande entregando, amigo Timoteo.

—Eso sí que nunca. Mientras se tenga un güen compañero pa prosiar, tuito puede remediarse en este mundo.

—Menos la muerte —terció el "Avestruz", con una perogrullesca suficiencia.

—Hasta esa mesma guadañuda vieja, si se cuadra —refutó Timoteo.

Y Eulogio, entusiasmado por aquel desplante del compañero, exclamó a su vez:

—¡Ah, crioyo lindo!

Hacia rato que le andaba rebullendo en el magín una idea cargosa. Se iba y volvía... Se iba y volvía...

Y fue esa idea que le hizo preguntar de sopetón, sin que viniera al caso:

—¿Piensa quedarse algún tiempito por aquí, Timoteo?

—Vaya uno a saber... Si encuentro en qué entretener éstos...

Y Timoteo mostraba los brazos cortos y musculosos, terminados en unas manos grandes y ásperas, donde el trabajo había escrito una dura y larga historia en su idioma universal de callos, rasguños, grietas y cicatrices.

Siempre al influjo de aquella idea porfiada dijo entonces Eulogio, mientras palmeaba la espalda recia del otro:

—Mire que yo tengo un rancho a las órdenes, aquí cerquita. Es pobre, y de tan viejo ya está medio ladio. Pero tuavía no se yueve. Si a usted le parece, podemos dir tirando en yunta por mientras... Digo yo...

Salieron del boliche a medianoche, abrazados, dando tumbos y lagrimeando por efecto de la caña y la emoción.

Y desde entonces, todo lo vivían "en vaca", solidarizados así en las "dulces" como en las "amargas", compartiendo por igual los sinsabores y las esperanzas de la común pobreza.

Sucedíanse las semanas, los meses... Y ellos "cinchando parejito nomás". "No reventaban un hilo", al de-

cir de los sorprendidos vecinos, incapaces de explicarse aquella aparcería hecha de sopetón.

Si había trabajo para uno solo, lo mismo estaban de pie los dos al anunciarse el día.

—¿Matiamos?

—Ya puse a hinchar la yerba.

—¡Superior!

El que quedaba de rancharo, además de esperar al otro con el "sancocho" pronto y el amargo espumeando, solía reservarle alguna sorpresa grata.

—Estas chalas son de maíz cuarentino, hermano. De las que a usted le gustan...

—¿Qué le parece si locríamos mañana? Agencí una mazamorra blanca, bien tiernita, como pa no cansarle mucho las carretiyas... Loro viejo precisa grano blando, ¿no es cierto?

Y reían a dúo, satisfechos de entenderse y de completarse, de poder aliviar así, a pecho unido, el yugo de sus pesados destinos. A tal punto, que ya ni necesidad tenían del boliche.

Aquella noche, sentados ante el fueguito de brasas mortecinas, cenizadas, los dos compañeros cimarro-neaban en silencio. Por las rendijas de la puerta metía el viento de junio sus heladas ráfagas, haciendo temblar la llama del candil.

Las cosas habíanse puesto "encardidas" para el binomio. El trabajo escaseaba cada vez más en el pueblo. El "Avestruz", con los libros llenos de cuentas inútiles y, el cajón del mostrador siempre vacío, tuvo que cerrar los créditos primero y el negocio después. Nadie fiaba. Nadie daba ni un triste carro de leña a picar. Y el invierno, para colmo, se hacía presente cada noche con

una helada "curuyera", de esas que queman hasta la raíz del pasto y sirven de sudario a las ovejas flacas y a los mancarrones viejos.

—Hermano, le ví ser franco —dijo al fin Timoteo, mientras sus gruesos dedos alisaban el "copete" del cimarrón.

—Desembuche nomás...

—Yo ya no aguanto más esta pobreza. Mañana mesmito me alzo. Y espero que usted se anime a acompañarme. Alguna achura hemos de agenciar por ahí, ¿no le parece?

Eulogio experimentó una sensación extrañamente dolorosa. Algo así como lo que debe de sentir un árbol cuando lo tironean para descuajarlo.

Cuarenta largos años hacía que lo habían echado al mundo en aquel pueblo, y nunca hasta entonces se le había ocurrido abandonarlo. Malas rachas como la presente había soportado muchas allí, teniendo que apechugar solito más de un invierno "cumba", con cuatro charamuscas por leña, un ponchito "defelpao" por abrigo, y más "tajadas de aire" que de carne para aliviar el hambre. Tampoco había sido capaz de desarraigarlo el cuerpo "revoliao" de Petronila, aquella chinita ardorosa que tironeara sus veinte años desde el rancharío de "La Coronilla", distante apenas tres leguas, y que la ausencia terminó por borrar como una cerrazón...

Pero ahora era distinto. Ahora se le iba Timoteo, el compañero, el hombre que había sabido fertilizar su aridez de solitario.

Aquella fraternidad que, como una gran flor caliente, llameábale en el pecho, pudo más que su dejarse estar de abúlico, que la cuarentona raíz de su quietismo.

Y después de tironearse largo rato los pelos cer-
dudos y ralos del mentón, respondió:

—¡Güeno, qué diablos, vámonos nomás!

A la madrugada siguiente los sorbió el camino.

(De: En carne viva)

UN HOMBRE

Sebastián se pone en camino antes de que amanezca porque el tirón es muy largo y el tiempo, asentado, promete otro solazo como los anteriores.

Lleva el carrito "atopetao" de sandías y la esperanza de venderlas a buen precio en las pencas de "Palo a Pique". Por eso va contento. Porque ahora puede disponer del fruto de su trabajo, de la cosecha lograda en la tierrita propia. De ahí la alegría que le baila en los ojillos redondos y le sale por los labios "displayaos" en culebreo incesante de chiflidos.

A cada rato vuelve la cabeza para observar si la carga aguanta bien los barquinazos del carro en el camino zanjudo. Y las sandías grandotas, con el verde fresco de la cáscara listado de vetitas oscuras, le endulzan la mirada y le penetran de una sensación acarician-
te el corazón sencillo.

—¡Pucha qu'es macanudo trabajar en lo di uno!

Empinándose sobre los recuerdos, pónese a revivir sus malos tiempos de peón de estancia, con un sueldito de gurí de mandaletes que no le daba ni para los vicios; sus vanas andanzas de esquilador desplazado por las máquinas; sus azarosos trajines de alambrador, de ayudante de hornerías, de agricultor medianero, de apaleador "por la comida" en las trillas de porotos, de desgranador "a marlo" en las cosechas de maíz...

Y, más tarde, la vagancia matonera y parásita, puchereando hoy aquí, mañana allá; robando "amarruecos" en las "musiadas" de boliche; ganando algún realito al truco con recursos "de abajo'e carreta"; metiendo tabas cargadas en cuanta cancha había por el contorno y echando mano al cuchillo para cortar a tajos cualquier alegación.

Porque él había andado muchos años “como malleta’e loco”. Y a rigor de “refalones” y golpes se fue adentrando poco a poco en esa mala vida, a la que ya le estaba tomando gusto cuando conoció a Rufina.

—De no haberla topao a tiempo no hubiera tenido güelta —piensa—. ¡Lo qu’és una mujer!

Desde que se arranchó con ella es otro hombre. Rufina puso un albardón de ternura y esperanza en su aridez amarga. El hizo pie en ese cariño manso, sosegado y humilde. Y así pudo repechar.

Otra circunstancia contribuyó a “palanquiarlo”. Y fue la muerte de aquel tío misántropo, medio brujo y medio “descalabrao”, que le dejó al “espichar” su rancho y sus tres cuadras de tierra inculca.

¡Lo que sacó su paciencia de aquel abrojal cerrado y lujuriente! Una quinta primorosa, de canteros rectangulares, altos y parejitos, divididos por caminos derechos “como lista’e poncho”.

Claro que el milagro le costó sudores y callos, sin contar un “tabardiyo” que por poco se lo lleva al otro mundo.

Fue cosa de tiempo tanto como de voluntad. Con un mal rastrillo y una peor pala hubo de arreglárselas. Pero suplió con esfuerzos la carencia de implementos agrícolas. Comenzaba su labor con las últimas estrellas, y con las primeras estrellas la dejaba para deglutir un churrasquito flaco y caer como piedra sobre el viejo camastrón “acarunchao”.

Rufina lo ayudaba de igual a igual, pegado todo el día a los surcos su corpacho retacón y macizo, a flor de silencio, el alma llana y sin complicaciones.

Fue ella, con su dulzura muda y sufrida, con su suavidad calmosa y alisadora, la que hizo nacer en el corazón de Sebastián ese amor a la tierra que ahora lo colmaba. Recién lo comprendió él cuando, en aquel cuadro ganado a los abrojos, asomaron las primeras ho-

jitas del maíz, como tiernos brazos de niños alzados hacia el buen sol. ¡Qué emoción insospechada le tembló entonces dentro del pecho rudo! ¡Si hasta estuvo a punto de lagrimear de contento!

Desde aquel día se sintió penetrado de la grandeza y la sencillez de la tierra, henchido de la bondad simple de las cosas. Y fue como si recuperase la niñez para gustarla recién, en un prodigioso desquite logrado sobre el tiempo.

Retribuyendo el constante y “desaguachador” esfuerzo del hombre y la mujer, la tierra hinchó con sus jugos vitales los tubérculos, apretó de gordos granos los choclos, endulzó y coloreó la pulpa de los frutos rezumantes.

Después, el amor redondeó el vientre de Rufina. Y para Sebastián todo giró desde entonces alrededor de la espera jubilosa.

Su carne, antes sólo mordida por urgencias terribles, por súbitas avalanchas de animalidad sin cauce, que lo mantenían insomne largas noches en los catres galponeros, y acababan empujándolo fatalmente a los burdeles del pueblo, iba a latir ahora en la pureza de un hijo, cuya presencia ya veía relumbrar sobre los terrones oscuros como un miajón de aurora.

Y no hablaba de otra cosa que del pequeño milagro en gestación. Mientras iba y venía el mate espumoso, portador de la ternura ingenua, decíale a Rufina:

—Verás vos como saldrá machito y con la misma facha’e su padre. ¡Vamo’a ser compañerazos!

La mujer lo contemplaba en silencio con sus grandes ojos melancólicos de ternera guacha. Y una sonrisa ambigua distendíale los labios gruesos y pulposos. Ella, desde el fondo de su alma, ansiaba una niña para hacerle rulos con papel de estraza, para atarle cintitas de colores vivos en el pelo, para vestirla de encajes y pun-

tillas como, de pequeña, vistiera su imaginación a la muñeca rubia que no tuvo jamás.

Son las diez de la mañana cuando llega Sebastián al boliche. Aunque faltan todavía varias horas para el comienzo de la penca, ya están las carpas atestadas de hombres que mojan la espera con cerveza caliente, o la azucaran con sendos refrescos de limonada. Los trillos, bien barridos, lisitos, estiran sus tres cintas paralelas sobre el campo. Un sol duro y pesado reverbera en las copas de los frenos, en el bruñido metal de los estribos, en el pelaje sudado de las cabalgaduras resoplantes, cuyo olor agrio y fuerte se pega porfiadamente a las narices.

Aquí y allá empieza a estallar el júbilo taladrante del chicharrerío. Infatigables golondrinas van y vienen a ras del campo llano, moteado a trechos por enormes lunares amarillentos.

Sebastián desprende, lía un "tramojo" y se acuesta a saborearlo bajo el carro. Aspira el humo en gruesas bocanadas y luego lo devuelve en dos columnas simultáneas, largas y espesas, por las hornallas de la chata nariz, complaciéndose en verle derramarse por entre los pastitos crespos y petisos y elevarse después en azules hilillos retorcidos, como si brotara de la propia tierra.

Desde los cuatro puntos cardinales afluyen sin cesar grupitos de jinetes, en trote abanicado por las blancas golillas y por los claros ponchos veraniegos. Cuando llega el mediodía, ya todos los hombres del pago están allí. Poco a poco la creciente marea humana ha ido rebasando las carpas y el boliche y empieza a apeñuscarse ahora a lo largo de la pista, no obstante el chuce-río vertical del fuerte sol en cenit.

Ya anda el comisario en su malacara grandote, con la "perrada" a la zaga, aprovechando cualquier futeleza para hacer gala de su autoridad. Los payadores de oficio improvisan en honor de los hacendados ricos, dueños de los parejeros, interminables décimas untadas de un servilismo lastimoso, que los homenajeados pagan con alguna caña pedida a gritos o algún peso tirado por encima de las mesas, en pavoneada y ridícula ostentación. Por todas partes se forman corrillos que barajan cifras y desnudan "palpites". La aparcería del favorito, chaluda y mano abierta, grita el monto de las apuestas con engolada voz. Los tahures del pueblo buscan disimuladamente "piernas" para las ruedas de la noche. Un ruletero ambulante despluma incautos al amparo de cierto "permiso especial" del comisario, que hace la vista gorda a sus bellaquerías porque de ellas habrá de sacar, sin duda, la mejor tajada. La caña blanca comienza a endurecer los ojos y a trabar las lenguas. Y el ambiente se va puntillando de celos, de quisquillosidades y de malas palabras.

A la sombra protectora del carro, Sebastián aguarda pacientemente la clientela, pensando en el regalo con que sorprenderá a su Rufina cuando vuelva al rancho. No sabe si decidirse por un babero bordado, con palomas alicortas y ángeles mofletudos, al que ya en ocasión le había puesto el ojo, o por unos escarpincitos de lana celeste, o por unos metros de puntilla y cinta para adornar la ropa del gurí.

Bajo el toldo de lona basta y raída, la mancha verde de las "sándias" es como un fresco oasis en mitad del día rojo.

Antes de que hayan enfrenado para el último terno ya está el carrito limpio. Y las hormigas se dan un har-

tazgo con las tajadas en forma de media luna, descarnadas hasta el blanco, que yacen sobre el pasto reseco.

Sebastián entra al boliche, adquiere las chucherías para su mujer y se dispone a marcharse; pero en ese momento le intercepta el paso el mulato Clementino y, aludiendo a la compra, le dice entre despectivo y burión:

—Por lo visto pronto estaremo'e calostro, ¿no?

Clementino había sido su compañero de comparsa cuando esquilaba. Era lo que se dice un "desorejao", más perdido que las cartas, que no le tenía "ley" ni a su madre. "Ganador de tirones", según unos, entrañado de verdad, según otros, lo cierto es que aquel mulato bisojo, cínico y camorrero, era muy capaz de abrirle la harriga al más pintado por cualquier fruslería. Con Sebastián nunca hizo buenas migas. Hasta de cuchillo en mano anduvieron una vez, a causa de cierta parada de taba "interpretada". Y de no haberse "metido al torsal" algunos mirones de buena voluntad, allí no más se hubieran sacado a ventilar las tripas.

Pero ahora las cosas han cambiado mucho. Sebastián ya no es el mismo de antes. Le tomó gusto a la vida y no está dispuesto a exponerla frente al mulato avieso y mal pagador, que nada tiene que perder como no sea el pellejo. Por eso, aunque su primera intención fuera hacerlo "comer tierra" de un mangazo, logra dominarse y trasponer la puerta en silencio, con la cabeza gacha, seguido por las cuchufletas y las risas de Clementino.

—¡Juá! ¡Juá! ¡Juá! Con que de calostro ¿no? Pa mí qu'el bacaray va salir medio blandón. Si yega tirar al tata... ¡Juá! ¡Juá! ¡Juá!...

Para contener el ímpetu de la hombría que alborota su sangre, piensa Sebastián en la tierra mansa que lo espera, en la mujer de vientre colmado y corazón sin

recovecos que lo ayuda a sembrarla, en el cachorrito próximo a llegar al mundo y carente de otro sostén que no sea el de sus brazos... Y esos pensamientos lo ayudan a vencer al Sebastián antiguo, "genioso" y "mal arriao", que pugna por asomar de nuevo en relámpago de puñal y trueno de palabrota.

A los pocos minutos, camino del rancho humilde pero sujetador, ruedan el carro vacío y el chiflido victorioso del Sebastián labriego.

Llega con el crepúsculo, transitado por el olor de los yuyos que reviven y mecido por las alas en regreso del torcacerío chacarero.

Ya comienza la tierra a levantar sus ruidos mínimos, esos que en conjunto musiciean un inubicable arroró para el sueño campesino.

Sebastián conoce todos los secretos de esa música sutil, brotada de la raíz de cada pasto, del ojo vigilante de cada cuevecilla, del universo misterioso que se esconde bajo cada piedra, bajo cada hoja seca, bajo cada terrón... Es ella la que le ha metido hasta la sangre la intimidad de la naturaleza. Por ella ha aprendido a venerarla, a quererla, a sentirla discurrir entre la savia de los tallos, a verla sonreír desde la granazón de las espigas. Más que con los oídos, él escucha esa música con el corazón. Y hasta hay veces que no le viene de fuera sino que le nace dentro, como si su propio pecho produjera las infinitas voces que la urdimbran.

—¡Lo qu'es la fuerza'e la tierra! —piensa entonces—. ¡Si hasta en la mesma güesera di uno anda metida!

Cuando detiene el carro frente al galponcito de rpias, le extraña que Rufina no se asome, ofrecida en el mate y la sonrisa, como de costumbre.

—¿L'habrán atropelayo ya los dolores a la pobre?
—se pregunta.

Y mientras salva los escasos metros que lo separan del rancho, con el corazón a los saltos y algo como un puño helado apretándole el estómago, surge la respuesta inquietante:

—¡Pero si la comadre Goya dijo que pal veinte y hoy 'tamo' a diecisiete ricién!...

Ya en la puerta, sale a recibirlo un vagidito apenas perceptible. Y en seguida lo alcanza la voz pachorienta y lánguida de su mujer.

—Arrímate tranquilo... Aura ya no hay por qué julepiarse. . .

Sebastián se vuelve entonces todo ojos y manos, en el ansia de ver y de tocar pronto al hijo. Con los brazos extendidos se acerca al camastro, casi esfumado ya por la creciente penumbra, y enciende la velita de sebo, a la que sirve de candelero una botella enana.

Ese goterón de luz tembleque y lacrimosa le desnuda de sombras el cuadro del reciente parto. Sobre las toscas sábanas manchadas, jadea aún la mujer, con la palidez del dolor y la hemorragia en el exangüe rostro, pero con una sonrisa nueva clareándole la boca. Y en medio de un gran charco viscoso y sanguinolento late el milagro del hijo pequeñito, amarotado, ovillo todavía informe de temblor y llanto.

Sebastián lo libera del cordón umbilical y alzándolo luego en brazos va con él desde el lecho hasta la puerta, repitiendo sin cesar, como si se dirigiera a los pastos, a la tierra, a la noche que va llegando ya, apurada por la rodaja tenaz del grillerío:

—¡Es machito! ¡Es machito!

De los pies a la cabeza es el hombre una alegría ardilleante cuya plenitud le baila en la sangre, le chispea en los ojuelos inquietos, le hace gorgozitos en el ancho chorro de la risa, le hormiguea en cada fibra, en

cada poro, en cada célula de la carne deslumbrada.

Y mientras Rufina lo sigue desde el camastro con pupilas gozosas, sobrepuesta ya al dolor que lacera sus vísceras, él continúa gritando, infatigable:

—¡Es machito! ¡Es machito! ¡Vamo'a ser compañerazos!

Después, en el mismo tono, sin miedo ni vergüenza de que su mujer lo escuche, añade:

—¡Aura ya no m'importa qu'el mulato me crea un maula!

(De: Burbujas)

CHURRINCHE

Llamábanle así por la pechera roja de su única camisa, hecha con restos de franelas usadas. Era menudo, paliducho, ágil como un relámpago y sensible como una cuerda de guitarra. Había en su vida sólo una cosa buena: la amistad del negro Bernabé. Y muchas, muchísimas malas: hambre, frío, trabajo excesivo, insultos, rebencazos...

Su más ardiente deseo era llegar a hombre pronto. Por eso parecía que los días pasaban con una lentitud boyuna, insoportable. De haberle sido posible hubiera dado un salto en el tiempo. Un salto que lo arrancara de su niñez descolorida y triste, que lo librara de los procaces gritos y las bárbaras palizas del patrón.

Apenas fuese hombre, se echaría a rodar por los caminos. Trabajaría en cualquier cosa. Dormiría donde lo topase la noche. La perspectiva de sufrir penurias y calamidades no lo arredraba en lo más mínimo. ¡Con tal de andar a su antojo por el mundo!...

—Pior que aquí no víá pasar en ningún lao.

Irse era su obsesión. Con ella llenaba los escasos huecos libres de sus días y el refugio aliviador de sus noches. Irse a ver hombres y pagos nuevos. Sustraerse para siempre a la mirada aviesa y al implacable rebenque de don Mauricio; al hedor a estiércol del corral de ordeño; al lanceteo nocturno de las pulgas, que le ponían todo el cuerpo overo de ronchones.

—¡Tiene que ser macanudo salir a correr mundo!

De pensarle tan sólo hormigueábale la sangre, le ardían las pupilas almendradas, se le embarullaba de prisas el corazón.

Trabajaba a la par de los peones, indiazos taciturnos y sufridos, con cuyo cobre apagado contrastaban su

carita de rasgos suaves, sus labios finos y enérgicos, el rubio pajizo de su cabellera.

Algunas veces aquellos hombres le hacían víctima de zafias jugarretas. Sin embargo, Churrinche no les guardaba rencor. Eran brutos, espinosos, zafados, pero en el fondo buenos. Mucho mejores por cierto que el patrón, un vejete remilgoso y mujeriego, que siempre andaba oliendo a cosméticos, y que no perdía ocasión de envolverlo en su rebenque plateado o asestarle en las costillas los ferrados tacones de sus botas de charol. Ninguno de los peones, en cambio, le había puesto jamás la mano encima. Y no porque les faltara autorización para hacerlo. Al contrario. El propio don Mauricio les había dicho muchas veces que le calentaran el lomo si llegaban a pillarlo haciendo alguna diablura o haraganeando en el trabajo.

Churrinche era de exclusiva propiedad del patrón. Le pertenecía tan en absoluto como las vacas que llenaban los potreros de la estancia. Para eso había nacido en sus dominios y había comido sus charques y sus mazamorras.

El niño tenía padre y madre. Pero como si no los tuviera. Nació del encuentro fortuito de la sirvienta de la estancia y un húngaro "lmyera". Ella lavaba en el río las ropas de los señores. El llegaba desde el otro lado del horizonte con su pátina de misterio, su hatillo y su soledad.

Quién sabe qué palabras, qué gestos, buscó el amor para unir aquellas criaturas tan dispares. Lo cierto, lo hermoso, fue que logró esa unión. Después el hombre partió con su destino de nube; y la mujer, sembrada, cumplió el suyo de tierra. Y así llegó a la vida Churrinche, estrella con raíces, miga de cielo con olor a yuyo humilde.

Tenía, pues, padre y madre como todos los niños. Pero un padre perdido en los caminos del mundo y una

madre reventada por el trabajo, que ya no era otra cosa que un haz de piel y huesos arrumbado en una cama de hospital.

De tiempo en tiempo aparecía por la estancia Bernabé, un negro viejo que se ganaba la vida tocando el acordeón en los boliches y en los bailongos de las rancherías. Para Churrinche no había en el mundo otro hombre como aquel moreno de piernas cortas y arqueadas, mota tordilla y labios de riñón hendido, que hablaba en una jerga bilingüe, sabrosa y pintoresca.

—¿Qué tal, seu Churrinche? ¿Cómo vai indo vocé?

Y el negro viejo reía estrepitosamente, con una risa ancha y espumosa que le ponía en descubierto hasta la campanilla. Luego levantaba al gurí entre sus manazas de betún cuarteado y lo horquetaba sobre el mancarrón pachorriente, que proseguía tranqueando hasta el galpón.

Cuando las cosas habían rodado bien, traíale alguna golosina: confites con versito, avellanas o caramelos largos. Mientras Churrinche saboreaba a toda boca el regalo, el viejo metía sus dedos oscuros entre la mata de cabellos rubios y proseguía riéndose sin motivo alguno, de puro bonachón nomás. Entre carcajada y carcajada, solía intercalar estas palabras simples, que eran sin embargo la máxima expresión de su ternura:

—¡Qué Churrinche, éste!...

Todo el capital de Bernabé lo constituían su tubiano y su acordeón. No tenía nada más. Ni rancho, ni mujer, ni hijos. Ni siquiera un mal poncho para apechu-

gar heladas. Andaba siempre de un lado para otro, “pichuliando” con su música. En verano gustábale dormir a campo abierto, en la intimidad de los grillos trepidantes. Pero los inviernos lo obligaban a buscar la cercanía del hombre y el calor de los fogones de trashoguero cantor.

Churrinche lo admiraba porque era libre y andariego como el viento. Sentados en el galpón, sobre las hediondas pilas de cueros secos, platicaban contentos, olvidados de la mísera realidad de sus vidas. El niño sin amor se refugiaba en la bondad risueña del negro viejo, hondo de dulzura como las lechiguanas en otoño. ¡Qué distinto era Bernabé de los hombres con quienes él convivía! Aquel ébano plácido producía una indefinible sensación. Algo que a la vez que suavizaba su alma volvía propenso al llanto. Un llanto bueno, eso sí. Un llanto que le iba limpiando el pecho hasta dejárselo nuevo.

El negro, por su parte, encontraba en la cháchara inocente del gurí una especie de brecha para evadirse de sí mismo, un destino concreto y tangible para la ternura amontonada tras sus pupilas turbias. Churrinche era como una justificación de su vida sin objeto. Por aquel camino de pureza y gracia, él viajaba hasta la niñez que nunca tuvo. Había en las palabras del chiquillo una música que no podía darle su pobre acordeón desvencijado. Una música viva, fresca, clarificadora. Una música con rostro y corazón.

Sobre los cueros infectos, entre el pulular voraz del pulguero, las dos puntas de la vida se nivelaban por el milagro de una fraternidad sin tiempo ni dimensión. Bernabé se abría en cataratas de blanca risa cándida, zumbosa y dulzarrona como su corazón de macachín. Churrinche hacía pregunta tras pregunta. Quería saberlo todo: cómo eran los hombres que el moreno encontraba por esos caminos lejanos y desconocidos; por qué

relumbraban tanto las piedras de los cerros que se erguían allá, del otro lado del río; cuánto se tardaba en llegar hasta el punto donde se tocan la tierra y el horizonte...

Bernabé se veía en figurillas para responder a tales interrogaciones. En su concepto, los hombres eran más buenos cuanto menos poseían.

—Os melhores são aqueles que não tem mais que o dia e a noite. Eu entendo que a prata e a bondade nunca fizeram liga, menino.

Con las piedras sucedía algo parecido. Las que estaban más alto, más próximas al sol, eran las más bonitas y las que reverberaban a mayor distancia. En cambio las más útiles solían ser las oscuras y humildes, las que estaban hundidas en la tierra o desperdigadas entre la vegetación.

—O mesmo que a gente, rapaz. Cuanti mais rejucilan menos prestan. Si você precisa uma pra afiar a faca o pra dar faísca ao yesquero, tem que dir a campiarla entre as que estão em baixo.

Lo de la juntura de tierra y horizonte ya era cosa de más difícil explicación:

—...Eu tenho pra mim que não se chega nunca onde você diz. Você pega o cavallo e galopeia tudo o dia, e a beira do ceo fica tão longe ao fim como ao principio da viagem. Volta a galopiar outro dia inteiro, e ainda outro, e ná de acercarse. Então chega a pensar que não existe o tal ceo; que é só um engano dos olhos.

—¡Pero eso no puede ser, don Bernabé! ¿Y ande es que vive Tata Dios, entonces?

—¡Esa e qui e a questão, mesmo!... Pra mim que ha de viver na imaginação de cada um de nós, seu Churrinche.

Al gurí no lo convencía semejante respuesta. Para ser cierto aquéllo, tendría que existir una inverosímil

cantidad de "tatadioses". Además estaba el Paraíso, sitio que él no podía concebir fuera del cielo.

—¿Y entonces p'ande van los cristianos cuando mueren?

—Pra baixo terra, rapaz.

Pero Churrinche no se conformaba con la pérdida de su cielo. Se lo había imaginado lleno de estantes con frascos de golosinas, como las pulperías; de angelitos que asaban choclos reventones en la gran brasa del sol; de árboles que florecían maravillosos juguetes; de santos venerables pero alegres, que tocaban noche y día sus acordeones de oro. Y presidiéndolo y observándolo todo, el Señor, un viejecito suave, dulce y cachaciento, al que la Virgen María tejiera con puritas hebras de luna un hermosísimo poncho, de cuyos flecos pendían estrellas siempre flamantes. Algunas veces, los angelitos más osados le birlaban con habilidad esas estrellas para jugarlas al "chocolón". Y a su contacto se les ponían las manos luminosas, como si hubieran deshecho entre ellas un puñado de bichitos de luz.

Bien que se daba cuenta Tata Dios de tales escamoteos. Pero en lugar de enfadarse y reprender a aquellos "propasaos", reía buenamente de la travesura, con una hermosa y cantarina risa parecida a la de Bernabé. Una risa que hacía danzar graciosamente las dos puntas de su larguísima barba jazminera.

No, Churrinche no quería perder su cielo. Seguro que el negro viejo estaría empezando a chocheo y por eso afirmaba semejante "bolazo". ¡También, con la "camasada", de años que debía de tener en la "cacunda", el pobrel...

—Pero y si es verdá que no hay cielo, ¿en dónde se asujetan las estreyas?

—¡Agora sim que me amoló você! Eu estou por decirle que si são tão leves como piquenas andarán boiando no ar, nomais, mesmo que as luces malas.

—Güeno, dígame otra cosa, don Bernabel: ¿Y el infierno ande queda?

—Nao posso creer nessas historias que se contan do inferno, criança. O único inferno que eu conheço e este mundo.

Aquello sí le parecía muy bien a Churrinche. En su opinión no hacían ninguna falta el diablo, ni sus fogatas suplicadoras, ni sus tachos de aceite hirviendo. Bastante se sufría en vida para tener que continuar sufriendo aún después de morir.

Descartado el infierno, podía justificarse la falta de paraíso. Pero, si de veras no existían uno ni otro, ¿por qué había iglesias y curas? ¿Por qué rezaba la gente?

Y el gurí seguía abrumando a Bernabé con sus preguntas, a veces pueriles, a veces desconcertantes, que el moreno bonachón se esforzaba en contestar entreverando idiomas y sacando a relucir conceptos pintorescos, cuyas raíces, más que en el cerebro, estaban en la intuición.

Pero las charlas no duraban mucho tiempo. Cuando menos se esperaba, llegaba a cercenarlas la voz cortante, agria y vinosa del patrón.

—¡Churrinche! ¡Churrinche! ¡Caminá aquí muchachito'e porquería!

El gurí permanecía unos instantes alelado, como el pajarillo ante los ojos de la víbora que ha de engullirlo. Luego echaba a correr hacia su dueño, encogido, pequeño, cual si de antemano procurara reducirse para atenuar la violencia de los rebencazos.

Un día llegó a la estancia el tubiano solo, arrastrando las sobadas riendas y con una tristeza casi humana en las pupilas mansas.

Los peones, con la certeza del drama, salieron en

procura del cuerpo de Bernabé. Delante iba Churrinche, hinchada por el viento la camisita de pechera roja, insensibles los pies a las rosetas, saliéndosele por la garganta el angustiado corazón.

Lo encontraron a un costado del camino, casi oculto por el compacto chilcal.

—Un váido, —dijo, como justificándose.

Pero todos comprendieron que el pobre negro viejo ya no daba más; que había llegado a la otra orilla de su borroso destino.

Las ganchudas manazas, casi paralizadas ya por el último frío, apretaban amorosamente contra el pecho el afónico acordeón.

Cuando Churrinche le echó los brazos al cuello, en un inútil empeño de sustraerlo a la muerte, todavía una sonrisa le aluzó el semblante y los ojos bonachones. Y con una voz apenas inteligible, que se asemejaba al susurro del viento entre el yuyerío, alcanzó a decir aún:

—Churrinche... meu filho... a cordiona e pra você... pra você sozinho...

Después se le quedó inmóvil la sonrisa en los morados labios entreabiertos. Y una plácida expresión de niño que se duerme le suavizó la cara enorme.

Churrinche lloró sobre su cuerpo hasta vaciarse de lágrimas. Parecíale que acababa de despeñarse de una altura inmensurable y que caía... caía... sin llegar nunca a tierra.

Había perdido, acaso para siempre, el verdadero cielo. Lo había perdido con aquel puñado de carne oscura que se le estaba enfriando entre los brazos.

Para poder desprenderlo del cadáver, tuvieron que arrastrarlo los consternados peones.

(De: Burbujas)

MILICOS

Tras un día de cielo "alunao" y sucio, con intermitentes alambraduras de garúas oblicuas, ha cerrado sobre el campo una noche de negror impresionante, por entre la que galopa pertinaz un vientecillo sureño, de esos que hacen dar diente con diente y ahondan en la carne los agujazos del frío.

Acurrucados en un abra del pajonal, a cuyo abrigo se aprieta la majada aterida, los policianos encogen el cuerpo bajo los gruesos ponchos bayetudos. En vano han pretendido echar algún sueñito que acorte la inelmente noche. Ni "cuchilar" se puede por culpa de ese aire glacial que, se cuele hasta los tuétanos.

—¡Qué lo tiró al tal pampero! ¡Ya me tiene los dedos como garrote!

—¡Y pa pior uno no puede ni pitar un cigarro, ni engambelar las tripas con un trago'e caña!

—¡Parece mentira, sargento, que usté, milico viejo y carpintero, no nos hayga dejao cargar una linternita!

El aludido, a quien las jinetas flamantes han endurecido de solemnidad, no se apea ya ni en broma de su papel de jefe. Acostumbrado a obedecer toda su vida, una vez que ha cogido mando se considera muy por encima de sus hasta ayer iguales en jerarquía, "saltos" y camándulas. Ahora él es el superior y ellos los subalternos, cosa que no pierde ocasión de destacar, olvidando las pellejerías vividas en común.

—¡No sea tan pioleta, guardia civil Rojas! —responde en tono áspero—. Ricuerde qu'el servicio es servicio y la diciplina diciplina!

—No es pa tanto, sargento. Al fin y al cabo todos semos compañeros.

—¡Si me sigue retrucando, a la güelta li hago encajar un arresto!

Calla el otro. Y allá en su fuero íntimo se consuela pensando que no lo hace por respeto al hombre sino al grado. Algún día él también ascendera a sargento, y entonces no habrá de faltarle milicaje raso con el cual desquitarse.

En tanto su compañero Lamas, hombre con cierto mundo y cierta experiencia, escupe despectivo hacia un costado mientras reflexiona:

—¡Mandan juerza unas jinetas! ¡Si hasta cambean de un día pal otro a un cristiano!

Al filo de la media noche empiezan a mochársele las espinas al sargento Céspedes. El frío y el sueño lo van emparejando insensiblemente a sus subordinados.

Ahora los tres están hombro con hombro, estrechándose más y más a cada instante en procura de calor, y ansiosos de que llegue el día para retornar a la estancia. Porque allá pasan una vida regalada, churrasqueando gordo, durmiendo a pierna suelta, y hasta saboreando algún que otro traguito de la "reservada" que gasta el mayordomo. Si no fuera por las malhadadas rondas nocturnas, aquello sería un verdadero edén, en el cual se podría haraganear más a gusto y con más comodidades que en la mismísima comisaría.

Gime el viento al cortarse en las filosas pajas, cuyos cuchillos disimulan las tinieblas insondables. De la majada próxima sube un coro de balidos temblones y lastimeros. Ni siquiera una estrella agujerea con su ojo de plata el cielo acarbonado.

—¡Linda noche pa correr negros desnudos! —murmura Rojas, mientras se frota con ambas manos las entumecidas rodillas.

—No se ve ni lo que se conversa —añade Lamas entre dos bostezos.

—Lo mejor sería dirnos a dormir a las casas di una vez. ¿Qué loco va'salir a robar ovejas con semejante tiempo?

—Eso mesmito'taba pensando yo.

Perdida ya por completo su engalladura, el sargento opta por terciar en la conversación.

—Tenían razón ustedes —dice—. Jue una verdadera chambonada el no haber tráido con qué calentar las amargas.

Los milicos se codean y sonríen, burlones.

—¡Oigalél' duro, pues! ¿Ya prencipió don Chucho a trabajarlo a usted también, sargento? Pa mí que como'stá tan oscuro no le vido las jinetas.

—No es éso, che hermano. Lo que hay es que don Chucho es muy gaucho y no le gusta andar haciendo distingos.

—Bien puede ser, no más.

Céspedes aparenta no comprender lo que tales palabras encierran de intencionado y zumbón. Estira con dificultad las piernas "cambuetas" y deja caer la barbilla sobre el pecho, con la esperanza de dormitar un poco. Pero los milicos se han propuesto fastidiarle de veras, aprovechando su ya completa blandura. Y a cada cabezada que da le sueltan un comentario chusco.

—'Ta picando, sargento. Y po'el tirón parece bagadú.

—Si facilita se li alza con la liña, compañero.

—¡La maula! ¡Qué empacho'e pescao fresco que nos vamo'agarrar!...

Lenta pero seguramente, el sueño va apagando las palabras chanceras y el quejido del viento pinchador. La respiración de Céspedes se hace cada vez más profunda y sonora, hasta convertirse en un ronquido impresionante.

Sobre su cuerpo, ya del todo horizontal, encuentran cómoda almohada los otros policianos, en los que también el sueño acaba por acampar.

Una hora más tarde son tres las bocas que alternan sus ronquidos en la lóbrega noche, mar de tinta donde ha naufragado la jerarquía flamante del sargento Céspedes.

Súbitamente, un tropel repiqueteado y compacto despierta a la patrulla. La majada se está desgranando en tumultuosa fuga, a la que sigue el chillar de fatídicas "corujas" y la atronadora gritería de los teruteros.

La linterna de Céspedes, proyectada hacia el sitio de donde partiera el ruido, mete entre las tinieblas su lengüetazo de luz. Y guiados por esa raya delatora atropellan los tres, el ojo atento y la mano en la empuñadura del revólver. Pero sólo alcanzan a ver una oveja a medio manear y un bulto que huye agachándose entre las matas de paja.

—¡Hag'alto! —ordena Céspedes, posesionado otra vez de toda su importancia.

En lugar de obedecer, el prófugo acelera todavía más su marcha.

—¡Parate, hijo'e perra, o te reviento de un tiro!

Y sin aguardar respuesta a la nueva intimación, descarga su arma contra el hombre que huye. Los milicos le imitan. Uno tras otro alzan los fognazos sus ronchones de luz.

Entonces el fugitivo adopta una resolución desesperada. Cambia bruscamente de rumbo y se interna en lo más tupido y alto del pajonal. Oyese por unos instantes el glú-glú que hacen sus pies al chapotear en el barro y en el agua pútrida. Después silencio. Un silen-

cio profundo. Hasta el viento ha callado, como si se dispusiera a escuchar lo que allí acontecerá.

—¡Ahijuna! ¡Se nos hiz'humo el condenaol! —rezonga Céspedes—. Pero ande irá Marcos que no tope su rosiyol!

Y el ojo terco de la linterna empieza a hurgar mata por mata y charca por charca, develando la misteriosa negrura del bañado.

Paja, lodo y agua por doquier. Enormes sapos costrosos y repulsivos que huyen a saltos torpes, cegados por la luz. Babosas que encogen sobre el barro fétido su goma escurridiza, asqueante y dura. Arañas de cuerpo diminuto y largas patas ágiles, corriendo por entre las natas verduzcas y el oscuro brocerío con que se recubre la podredumbre de las aguas muertas. Sanguijuelas que estiran sus ventosas frías y ávidas, ampollando la superficie blanda de aquellos cenagales. Y aquí y allá deslizamientos subrepticios, fuga de cuerpos invisibles, trémulos susurros que se alargan hasta el arcano y negro corazón del bañado, dejando en pos de sí un cuchicheo de pajas removidas.

A los milicos se les eriza la piel ante las sorpresivas apariciones y los repugnantes contactos con que les sale al paso ese mundo nocturno, hacia cuya intimidad más recóndita ha empujado el terror al hombre fugitivo.

Pajonal adentro continúa empero la búsqueda, tenaz e inexorable. Ahora son los "aperiases" que remueven su pánico en la honda madriguera. O los ratones colorados, que cruzan como saetas por entre las piernas de los perseguidores.

Pero la linterna no cesa en su relampagueo avizorador. Y la esperanza de algún otro ascensito picanea el ya desfalleciente brío del sargento Céspedes.

Detrás de éste avanzan los milicos, soltando maldiciones contra la noche y el invierno, contra el barro y

las alimañas, contra los ladrones de ovejas y la tozudez interesada del superior.

Al fin encuentran al prófugo, metido hasta más arriba de la cintura entre el aguazal lodoso. Es un negro viejo de la ranchería cercana, al que Céspedes y los suyos conocen bien. Domador de potros en su juventud, después peón galponero, luego milico, como ellos, ese negro vive ahora en una cueva sórdida, con una hija paralítica y tres nietecillos color barro ahumado, flacos como galgos. No obstante su pobreza, goza fama de honesto entre el vecindario, lo que hace que los policianos se sorprendan al reconocerle.

—¿Con que habías sido vos el uña larga? —le grita Céspedes, que es el primero en reaccionar—. ¡Pues aura verás con quién casó Caña Güeca!

Al negro le castañetean los dientes, no se sabe si por efecto del frío o del terror.

—¡No me castiguen! —implora—. Van pa cuatro días que no hay nadita que comer en casa. ¡Por eso jue que!...

—¡Hacéte el morrongo nomás, negro rasna! —interrumpe Céspedes—. ¡Si don Valentín ya perdió hasta la cuenta'e las caramoras que vos le has carnial!

—¡Yo no, sargento! ¡Le garanto qu'es la primera vez!

Y con voz entrecortada por hipos y sollozos, pónese a relatar sus peripecias, a detallar el proceso del hambre que lo obligó a delinquir. La hija, dura como un palo en la silla. Los negritos, escarbando la tierra en busca de raíces. El, sin trabajo, inútil ya por los años y las "quebraduras". El pobrerío de la vecindad, sin na-

da con qué ayudarlo. Y allí cerquita, tentándolo, las ovejas gordas.

Sus palabras conmueven a los milicos, que tosen o carraspean para disimular la emoción. Ellos saben cómo es la vida en ese puñadito de ranchos que motea de negro la llanura inmensa. Han visto nubes de gurises pelearse por los macachines o los tallos de hinojo del camino real; han visto la rueda muda que estrecha cada noche el infortunio en torno a los fogones apagados y a las ollas vacías; han visto a niños casi en cueros, tiritantes, disputarse el regazo sin calor de las madres desesperadas, que con tal de poder nutrirlos quisieran que la sangre se les volviese leche y pan el corazón.

El sargento Céspedes también ha visto todo eso en sus recorridas por el pueblo de ratas. Oyendo las palabras trémulas del negro, revive su pensamiento pavorosas escenas. Y allá en la hondura turbia de su alma, surge por un instante la duda. Acaso ese pobre viejo no es culpable, sino víctima de algo que no alcanzan a descubrir sus rudas entendederas. Acaso la justicia no consista en apalearlo y meterlo en un calabozo, sino en darle de comer.

Hasta le tientan unas ganas extrañas de decirle que se vaya con la oveja, que al fin y al cabo su dueño, entre tantas, no la va a echar de menos.

Pero todo aquello es un relámpago apenas, que nada puede contra sus diez años de sable, contra la embotadura de la rutina seca, incommovible.

Enarbola el machete, lo deja caer con fuerza sobre la espalda inerme, y entre golpe y golpe, grita:

—¡Marchá, negro ladrón!

(De: **Burbujas**)

CONTRABANDISTAS

Junto al pequeño fuego, que es como un ojo de lechuzón abierto entre la espesura del monte, los contrabandistas esperan que se esconda la luna para ponerse en marcha.

Un mate ya cansado pasa de mano en mano, de silencio en silencio. La noche está serena y honda. El aire duele de tan frío. Los ponchos, duros de escarcha, suenan como pesados cueros a cada movimiento de sus dueños.

Para poder liar un cigarro, Mario tiene que frotarse ante la lumbre los dedos agarrotados.

—¡Flor d'helada'está cayendo! —dice.

Nadie le contesta. Apenas si el pardo Ríos manotea la "linterna" y tras de "pegarle un beso" se la alcanza. Mario la empina con avidez. Esteban hace otro tanto. Don Faustino, en cambio, rechaza el convite con un breve movimiento de cabeza.

—Préndalé un traguito, viejo. Mire que a falta de una cama con costiya, esto es lo mejor qu'inventó Dios pa correr chuchos.

El otro reitera su negativa sin palabras. Mario tiene ganas de chucearle el amor propio con alguna pulla gruesa, de hacerle abrir la boca aunque sea para que le suelte una "rociada". Pero consigue sofrenar la palabrota que ya puertea en sus labios. Don Faustino es un hombre entrado en años, que merece respeto. Y un compañerazo, además. Lo estima profundamente, como estima también a los otros. Pero es que no puede habituarse a ese silencio con que ellos se emponchan la intimidad.

Callados y atisbando viven. Ni la rudeza de las largas jornadas, ni la fatiga, ni el sueño, les arrancan más

palabras que las estrictamente necesarias. Mario sabe que es cosa del oficio, más útil que el coraje y tan indispensable como la paciencia.

—Contrabandista y mujer, cuanti más cayaos mejores.

Verdad grandota, madurada en la experiencia de don Faustino. Aunque así lo reconoce, no consigue acostumbrarse a sujetar la lengua. Es demasiado bisoño todavía. El silencio de la noche y los hombres le irrita, le fastidia, y por momentos le acometen ímpetus de romperlo de cualquier manera: a carcajadas, a gritos, o a balazos si se cuadra. En tales ocasiones, hasta le gustaría que se les fuese encima la milicada, escupiendo fuego y plomo por la boca negra de las “garabinas”, para poder liberarse del insoportable mutismo.

Le pega otro “viaje” a la caña y se queda soslayando con disimulo los rostros curtidos, inmóviles, casi hoscos de sus compañeros.

—Tiene razón el viejo —piensa—. Lo más bravo es aprender a estar cayao.

A don Faustino se le acordó tácitamente el comando. Es el más viejo y el más “baquetiao” de todos. Quince años de brega, sin haber perdido nunca un carguero ni haber tenido que untarle la mano a ningún guarda, justifican el ascendiente que ejerce sobre el grupo. Esteban y el pardo Ríos saben también lo que tienen entre manos. El único novato es Mario, muchachón de veintiún años, de alma lisa y abierta como la llanura.

Mario se hizo contrabandista “porque le andaba sobrando la vida”, al decir de sus compañeros. Sabía del prestigio másculo que da en el campo ese oficio, y a ganarlo para sí lo impelió su espíritu sin ataduras.

Los otros, en cambio, habíanle adoptado tan sólo como un medio de procurarse el sustento, harto duro y peligroso, sí, pero más rendidor que talar montes, o cuidar hacienda ajena, o desaguacharse roturando tie-

rras que nunca serían propias. Contrabandeaban por necesidad, no por conquistar credenciales de machismo. Si había que pelear pelearían, sin duda. Cualquiera de ellos tenía agallas bastantes para enfrentar a los guardas ventajeros o al milicaje de mano larga, conciencia negra y máuser “ferruyento”. Empero, evitaban a fuerza de astucia y tretas las topadas. No hacían jamás dos viajes con el mismo itinerario, ni acampaban dos veces en el mismo sitio, ni vadeaban dos veces los arroyos por la misma picada. Amagos, marchas falsas, rastros enredados. Y un continuo estar alerta, durmiendo a lo terutero. Y un silencio de muerte cruzando de orilla a orilla las noches, pantanos negros donde parecía peludear el tiempo, lerdo buey sin destino.

Antes del año, Mario ya andaba con intenciones de “abrirse”, de “ladiarles el matungo” a sus socios. Aquellos hombres no eran lo que imaginara de gurí. Ni aquella vida tampoco. Para aguantarla se precisaba un coraje distinto al que él había supuesto: el coraje tenaz y oscuro del labrador en la melga, del tropero en la ronda invernal, del monteador frente al árbol cernudo, que mella el hacha y “embrujona” de callos las manos antes de caer.

La luna oculta al fin su amarillez de ictérica. El monte parece entonces crecer, llenar la noche con su presencia hinchada de misterio. El arroyo susurra apenas, como si tuviera miedo de herir con el canto de su cristal andariego ese silencio helado y lacio, que sube desde la costra fofa del humus hasta la desnudez de las estrellas tiritantes, que se ensancha hasta abarcar en el corral de su brazo la cruz rumbera de los puntos carnales. Ni el temblor de una hoja turba el sueño total de las ramas. El aire ha colgado del cielo todos sus

cuchillos, que ahora cortan en un solo tajo inmóvil. Y hasta los zorros han sosegado el berbiquí agujereador de sus gritos.

—¿Marchamo'?

—Cuando le parezca, don Fausto.

Ya fuera del monte, se mueven de acuerdo al plan trazado de antemano. A Esteban y al pardo toca el turno de conducir los cargueros. Mario y don Faustino puntan a una distancia prudencial, para no perder contacto con los que van a la zaga.

Avanzan cortando campo, a filo de tino chairado en la experiencia. Un poco la intuición y otro poco las estrellas brujulan ese avance. Ninguno habla. Llevan el oído atento, la pupila avizora y el winchester atravesado sobre las cruces de los caballos, sufridos como sus dueños. Es poco más de media noche a juzgar por la altura de Las Tres Marías. Antes de que pinten las barras del alba, si no ocurren contratiempos, habrán podido cruzar el Parao y acampar en un paraje seguro.

Los cascos de las bestias quiebran las bayonetas del pasto, ya vidriado por la escarcha, y machacan la quietud nocturna con su tamboreo monótono y borroso. Aquí y allá, los ojos de las lechuzas gotean de una lumbrería fría la inmensa llanura negra. Algún zorrillo invisible huye dejando sobre el campo el reguero nauseante de su fetidez. Mugen tristemente las reses apretujadas en rodeos voluntarios, a la búsqueda instintiva de un calor que atenúe la crudeza nocturna. Desde lejanas estancias, llega a ratos hasta los viajeros el ladrar asordinado y ronco de las perradas insomnes.

Mario ya casi ni siente la aspereza del aire filudo y entrador. Un viboreo de llama le retoza en el estómago, trepa reptando al cerebro, se desfibra en mil hilachas calientes y le enciende y reanima poco a poco todas las células del cuerpo entumecido. La sangre se le expande ahora veloz por las arterias, en una irriga-

ción gozosa y exultadora. Los nervios le entrecruzan de un rayerío vibrador, hirviente, como caminos de hormigas bajo el sol de enero.

Es la acción de la caña, que lo defiende de la noche con su lumbrazo de vitalidad ficticia. De la noche y de sí mismo, pues ya empezaba a sentir gastados la voluntad y el brío por ese opaco silencio limador.

La caña suelda a fuego el agrietado coraje, hace criar cáscara nueva al impulso, tonifica y endurece la rendida energía. De tanto en tanto, el mozo se rezaga con disimulo para empinar la botella. No quiere que don Faustino lo vea. Se enojaría, y con razón. En esa vida un borracho es siempre un estorbo. Y a veces hasta un peligro. Ya se le dio a entender alguna vez el compañero con su parquedad jugosa:

—La caña es el coraje del maula.

Y otro día que se abordó el mismo tema:

—Contrabandista mamao es como bala sin plomo. Ruido güeco nomás.

No fueron frases directas. Pero la alusión estaba en ellas, claritas, espinadora. A otro le hubiera respondido por boca de su "44". A don Faustino no pudo. Ese hombre manso e impasible ejercía sobre su fogosidad la misma influencia que el domador sobre el potro. Lo dominaba ese silencio vivo, que tenía la atracción misteriosa de los remansos o de los pozos demasiado profundos. Don Faustino era amargo y pinchado por fuera, como los camoatíes. Pero adentro, allá en lo íntimo del alma de panal, ¡qué suavidad, qué dulzura! Sus escasas palabras lastimaban casi siempre. Mas raspando el áspero cascarón estaba la pulpa noble y sustanciosa, como en el hueso duro el caracú.

—Cuando don Fausto abre la boca es p'hablar cosa'e provecho —habíale dicho una ocasión el pardo Ríos.

Y era una verdad machaza, tan machaza como esa

helada de ahora, en cuyo vidrio afila la noche sus negras uñas de sádica.

Mario ha destapado la botella y vierte sin ruido el líquido sobre los pastos chuzos. Después la arroja con fuerza hacia atrás, bien metido el corcho para que no zumbe su protesta. Las tinieblas apagan el rayón curvo de la trayectoria y el rumor de los cascos traba y detiene la delación del golpe.

El mozo queda como liberado de una culpa. Respira hondo. Se yergue en los estribos. Y lo recorren unas ganas bárbaras de ponerse a cantar, a pregonar a gritos su triunfo sobre la tentación cobarde de "marmarse", que le excitara los sentidos y le copara la voluntad con sus arterias de hembra taimada.

Sus ojos, hechos ya a las tinieblas, observan con interés al compañero, que marcha casi apareado a él. Todo en don Faustino es una calma que gravita, una callada fuerza impelida hacia abajo, con su centro en la tierra. Caídas las alas del sombrero, caída la herradura del bigote, caídos los hombros bajo el poncho inmóvil, sin un amago de vuelo. Semeja un enorme pájaro petrificado. Y sin embargo...

De un tirón se le aclaran a Mario muchas cosas, que acaso encierren la clave de ese enigma viviente que es el viejo. Todo por unas palabras que yacían en un rincón de su memoria, y que de pronto se van a primer plano sin que sepa por qué.

—Pal' año, si el diablo no mete la cola, largo esta vida y me pongo'e chacrero. Ya tengo una tierrita en vista. Y si los gurises me salen medio guapos...

Así le había hablado don Faustino, en milagro de confianza, cuando iban por llegar al Brasil. Entonces no le prestó atención. Llevaba el pensamiento lleno de mujeres, chorreando "cerveja" y oliendo a humo de "charutos" brasudos. Vivía por anticipado el refocilo de las noches de burdel en la ciudad costera, en aquel Yagua-

rón encostrado de roña y vicios, denso de sífilis y gonorreas.

Ahora es diferente. Despiertas en la inmensidad de la llanura, bajo el negro cuajarón del silencio, las palabras aquellas relumbran, fosforecen, como si estuvieran escritas en el aire duro con bichitos de luz. Y por esa estría baqueana acierta a entrar al corazón de don Faustino, a su secreto heroísmo.

Don Faustino ha contrabandeado durante quince años para ganarse la tierrita donde poder enraizar. Ha salido a conquistarse el derecho a su destino de árbol. De ahí su fuerza mansa, sufrida, aguantadora, contra la cual se astillan todos los rigores. Tiene cuatro hijos y una compañera. Para sembrarse con ellos en la paz del surco propio, empuñó el winchester y se incrustó en las noches sin caminos, cuña de voluntad tendida de horizonte a horizonte, rumbo tenaz agujereando el corazón del tiempo.

Don Faustino, contrabandista sin vocación, coraje útil, crece a los ojos de Mario, sangre engolada que sólo busca dar que hablar a las guitarras ociosas y desvelar a las hembras de fantasía caliente y romancera.

El mozo se lo figura seguido de pájaros y de gurises en el amanecer palomero, destripando la tierra mansa y fragante, brotada al fin la canción por la que sale a orearse el alma, tantos años escondida en cerrazón de silencio. Entonces se habrán suavizado las rispideces que ahora lo defienden y asomará a sus ojos, hondos y transparentes como cachimbas con sol, el verdadero Faustino, frescura de tierra dadivosa, bondad de grano y claridad de parva.

Mario quisiera hablarle de todo eso, soltar en palabras su admiración por el coraje mudo y perseverante que recién comprende. Pero el compañero es todavía una montaña de silencio atalayando la noche, el lanza-

zo de un rumbo hiriendo el lomo chúcaro de la llanura. Y sólo acierta a decirle entre bostezos:

—Mañana v'amanecer blanquiando.

Es al cruzar un bañado que los frena la sorpresa, desenvainada en un grito seco y cortante:

—¡Alto!

A esa súbita orden, que parte en dos la noche, sigue un ruido metálico de gatillos. De barriga entre el pajonal está la milicada.

—¡Si se mueven los quemamos!

Pero ellos han retrocedido ya, para obligar así al enemigo a salir a campo limpio.

Suena la primera descarga. Pasan las balas chifladoras buscando cueva en la carne. Sobre el estampido, don Faustino alza la decisión de hacer "pat'ancho".

—Tenemos que asujetarlos hasta que los compañeros puedan juir con la carga. Si uno cái, que aguante el otro, ¿entendés?

A Mario le enciende el valor un pensamiento noble.

—Váyasé usted también, viejo. Yo me basto y me sobro pa esta chamuchina.

—¡No siás loco, gurí!

Se generaliza el tiroteo. Envalentonados por la aparente fuga, los policianos dejan sus escondites y avanzan. Los plomos envarillan de silbidos el aire. Pero el silencio logra hurtarse de esa jaula sonora y escapa llano afuera, perseguido a grito y ala por el teruterío.

Rápidamente va tejiendo el humo una cortina espesa, ancha y quieta, que favorece a los contrabandistas al ocultar su desventaja numérica.

Son dos contra seis, pero emparejan la lucha a fuerza de intrepidez y astucia. Los fogonazos revientan sus ampollas de lumbre aquí y allá, como si fuesen muchos

los que disparasen. Y las voces de acicate a compañeros imaginarios ayudan a mantener a raya a los milicos:

—¡Métanlés plomo sin asco, mis indios!

—¡Que se arrimen nomás si son machos!

—¡Abajáaaa, sotretas!

—¡Abajáaaa!

Y tras el grito el candelazo rojo, que rasga en nueva herida ardiente el pellejo acribillado de la noche.

Entre descarga y descarga, Mario insiste:

—¡Váyasé, viejo! ¡Yo alcanzo'e sobra pa parar ese maulaje! ¡Váyasé!...

—¡Avisá, bárbaro!

—¡Puede enfriarlo algún chumbo perdido! ¡Y qué necesidá! ¡Usté tiene gurises y mujer!...

A don Faustino se le acaba de trancar el arma. Forcejea inútilmente su índice en el gatillo apotrado, mientras con la zurda "arranca" de la canana el "Smith" antiguo. Pero Mario se lo arrebató de un manotazo sorpresivo y rápido.

—¡Váyasé, no sea porfiaio!...

El otro parece comprender y aceptar al fin el gesto.

—¡Gracias, muchacho!

Y su diestra chamuscada de pólvora, al apretar la del mozo, expresa en un temblor que no es de miedo lo que han callado los labios.

Se lo lleva la noche, por entre los alambres cantores que estira el balerío. Se lo lleva hacia el futuro manso de los trigales, hacia el asomamiento en partos rubios de la bondad telúrica.

Mario queda solo frente a las carabinas donde rezonga la muerte. Una especie de borrachera heroica le chorrea su fuego retozador por las venas. El pecho se le agranda en cerros de coraje.

—¡Atropeyen, maulas! —grita en la oscuridad rajada de estampidos.

Defenderá a todo trance ese silencio grávido de

amor que va camino del alba empajarada, de la espiga y del niño. Acostará sobre el llano, si es preciso, el arroyo de su sangre, para atajar el paso a los milicos. Será una muerte hermosa, que algún día cantarán el viento en las gavillas y el pororó grasudo entre la ollaza negra, barrigona y cordial.

Una bala le hace saltar el winchester de entre las manos. Otra le alcanza el cuerpo. Siente el chicotazo brusco, quemador. Luego, la cosquilla de dos lenguas tibias y escurridizas que le lamen la piel. Arremete enardecido, ciego:

—¡Tiren que aquí hay un macho, gayinas!

Un tercer plomo, enhebrándole de pecho a espalda su camino de muerte, lo tumba sobre el pasto escarchado.

Todavía consigue incorporarse y disparar contra el pelotón que avanza las seis balas de su "44". Después, la mano crispada sigue apretando tercamente el gatillo, que picotea un seco tic de acero sobre el tambor vacío.

Cuando los policianos, ganosos de botín, cruzan por encima de su cuerpo, ya el contrabando está lejos. En vano aguzan el oído y escarban la noche con los ojos, a la busca de algún rastro orientador. En el aire, sucio de humo y de pólvora, cierne otra vez el silencio su presencia invisible.

De bruces sobre el pasto se desangra Mario. Por cuatro bocas calientes le resbala cuerpo afuera la vida. Por cuatro caminos rojos se vuelca sobre la llanura, cual si quisiera empaparla en su fraternidad desbordada.

El frío de la muerte le cuaja en las pupilas la figura de un Faustino chacarero, que remonta desde las espigas pródidas el gozo de su canto sencillo, corazón de la tierra, música del pan.

(De: Burbujas)

I N F A N C I A

Cada vez que la cerrazón emborronaba el campo, volvía a la memoria aquel cuadro: el carrito de pértigo traqueteando quejosamente sobre el pedregal rojizo; detrás, el tío de la golilla negra, montando el mismo caballito escuálido y peludo sobre el que llegara la mañana anterior; luego, tres o cuatro vecinos sombríos y ensimismados; y en la puerta del rancho su madre, revolviéndole con dedos nerviosos las incultas greñas y llorando un largo llanto convulsivo.

El campo y el cielo se habían fundido en un solo e inmenso borrón gris. Tan densa era la niebla, que ya empezaban a desprenderse de la quinchá gruesos goterones, como si el rancho también llorase por el que se iba para siempre.

Tac... tac... tac... Las enormes gotas golpeaban rítmicas contra la yerma tierra del patio. Y las lágrimas de su madre, cayéndole sobre la frente, parecían empeñadas en remedarlas: tac... tac... tac...

Recordaba cómo iba él contando lágrimas y gotas, sin proponérselo. Hasta tres, que era cuanto sabía. Y recordaba asimismo sus cándidas preguntas de entonces, y las respuestas desnudas y tajantes de su madre.

—¿Pa dónde lo yevan a tata, mamita?

—Pal cementerio.

—¿Y por qué pal cementerio?

—Porque se murió.

El tenía entonces una idea muy vaga de la muerte. Sin embargo, aquella respuesta le estrujó el corazón. Acordóse del "Corbata", el viejo perro que encontrara un día de patas al aire entre los yuyos, bajo un zumbador enjambre de moscas azules. Y fue ese recuerdo el

que desató el llanto que lloró a su vez, hundido el rostro en la pollera mugrienta de su madre.

Después de "aquéllo", la vida se fue haciendo más y más dura en el rancho sin hombre.

Al tío de la golilla negra y el caballito escuálido, habíaselo llevado el mismo camino que lo trajera. Y nunca más se supo una palabra de él.

La madre escarbaba constantemente la tierra gredosa en derredor del rancho, sembrando sus boniatos, su maicito, su chícharos... Pero las plantas moríanse sin remedio en aquel yermo.

A veces llegaba el sargento Ruiz, seguido de un milico, y revisaban hasta los colchones de pasto. Nada. Ni un mal hueso siquiera. Entonces, echando pestes, íbanse a registrar otros ranchos.

Tarde o temprano aparecía la oveja robada. Y el ladrón era obligado a marchar, portando los despojos, rumbo a la comisaría lejana.

Seguía corriendo el tiempo y las cosas rodaban cada vez peor. Hasta que empezó a frecuentar la casa el indio Anacleto.

Al principio llegaba de paso, hablaba del tiempo y de la falta de trabajo y se iba. Después, poco a poco, fue alargando sus visitas. Y ahora se estaba allí la mayor parte del tiempo, fumando y tomando mate lavado junto a los tizones.

Desde entonces se comía con más regularidad en el rancho. A veces hasta aparecía algún costillar oreándose en el tirante. Y su madre, tan parca y taciturna siempre, fue tornándose más locuaz, más animosa. En algunas ocasiones vióla sonreír. Y una mañana, con el consiguiente asombro, la oyó tararear a media voz, mientras lavaba sus trapos en la vieja tina carcomida.

No es que él fuese incapaz de comprender ciertas cosas. Pero su madre tenía que ser una mujer distinta a las demás. Por eso mismo: porque era su madre.

Y sólo al pensar lo que, contra su voluntad, pensaba a cada instante, parecíale que el cielo se desplomaba sobre su cabeza. O que los horizontes íbanse apretando en su redor, hasta ahogarlo.

Pisando con los talones para no herirse en los guijarros calientes, sobre los que centelleaba con cruda luz el sol del mediodía, iba a revisar sus aripucas al montecito próximo.

En el trayecto se cruzó con Venancio, el negro de la sonrisa ambigua que solía compartir con él su tabaco y su galleta dura, mientras le narraba cuentos obscenos.

—Decíme, Venancio: ¿vos hayás bien que las mujeres tengan más de un marido?

—Y... mal del todo no lo hayo. ¿Por?

—Por nada. Preguntaba nomás.

Siguió caminando por entre el flechillerío llameante, sonoro de élitros, rayado por azoradas fugas de lagartijas.

¿Qué sabía Venancio de ciertas cosas? No era más que un negro bruto, amigo de espiar por las rendijas de las puertas y de hablar zafaduras. Tal vez ni hubiese conocido a su madre. ¿Qué podía entender de semejantes asuntos?

Pensó en las mujeres del rancherío que habían reemplazado al marido muerto o ausente. Tantas eran, que no bastaban los dedos de ambas manos para contarlas. Y a nadie llamaban la atención tales cambios. Apenas si las gentes intercalaban, entre tema y tema, un comentario frío. "El que se arranchó con Julana jue

Mengano". Y nada más. Pero su madre no podía ser igual que las otras.

Distrájole el motor de un automóvil venido no sabía de dónde. Volvió la cabeza y lo vio detenerse en medio del rancherío miserable, que negreaba confusamente apeñuscado sobre el árido pedregal.

Regresando a toda prisa, unióse al montón de chiquillos harapientos que rodeaba ya el vehículo, dentro del cual viajaban el comisario y dos hombres bien trajeados, lustrosos y rozagantes. Uno de ellos hacía anotaciones en un memorándum de tapas rojas. El otro observaba los ranchos y los niños por encima de los cristales de sus gafas. En tanto el comisario daba explicaciones: "Todos estos pueblos de ratas son iguales, doctor. Aquí nadie trabaja. Y los pobres estancieros de la vecindad son los que pagan las consecuencias. ¡Lástima que las leyes del país sean tan benignas con esta sabandija!".

El del memorándum seguía sus apuntes y el otro aprobaba con movimientos de cabeza las palabras del funcionario. Luego el automóvil volvió a ponerse en marcha, perdiéndose entre una nube de polvo amarillento.

Siguióle una pedrea nutrida. El también arrojó las suyas en el montón. Y aligerado así de la rabia íntima que lo roía, volvió a cruzar el guijarral caliente, buscando sus aripucas.

Un sol en ocaso, pero todavía abrasador, picábase el cuerpo a través de los agujeros de la camiseta y encandilaba sus ojos, obligándolo a contraer los párpados.

Volvió de ganarse sus primer jornal, desgranando maíz a pulso en una chacra de las inmediaciones. El sordo dolor de las muñecas y las gordas ampollas que

le ardían en las palmas, como quemaduras, producíanle el cierto pueril orgullo. No había cumplido aún los catorce años pero ya era un hombre. Confirmábalo, por otra parte, ese billete de a peso, plegado en cuatro dobleces, que llevaba en el único bolsillo sano.

Apenas llegó vio que su madre había levantado un biombo de arpilleras y de trapos viejos, dividiendo así en dos la única pieza de la covacha.

—M'hijo: dende hoy en adelante vamo'a ser tres en el rancho. Anacleto es aura tu padrasto, ¿comprendés? Y como vos sos un hombrecito te preparé cuarto aparte.

Miróla a los ojos, con la palabra insultante quemándole la lengua ya, como una brasa. Pero esa palabra no alcanzó a salir. Otra vez, igual que aquella distante mañana de cerrazón, vio resbalar las lágrimas por el enjuto rostro materno. Y se encogió —niño aún— para que le cayeran sobre la frente, como entonces, mientras la voz de ella seguía sonando con doloridad humildad:

—Vos cualquier día te vas por ahí del todo, a trabajar, y pa una pobre mujer es duro vivir sola. Un rancho sin hombre siempre tiene algo'e tapera.

El la oía callado, sintiendo golpear las lágrimas tibias sobre su frente: tac... tac... tac...

Tal vez su madre tuviese razón. Por algo las demás mujeres del pueblo, tarde o temprano, acababan por reemplazar al marido ausente o muerto, sin que a nadie extrañaran tales sustituciones. Un rancho sin hombre debía de tener algo de tapera, sí.

Durante toda la noche estuvo viendo, en sueños, el carrito de pértigo traqueteando sobre los guijarras, hundándose entre la cerrazón.

Pero al día siguiente le sonrió a Anacleto por primera vez. Y una semana más tarde eran amigos.

(De: Burbujas)

EL RECUERDO INDELEBLE

Aunque aquello había ocurrido hacía muchísimo tiempo, estaba siempre presente en su memoria. Y tan vivo, tan nítido, como si recién acabara de suceder.

Entonces él no tenía la boca desencajada, ni los ojos estúpidos, ni el interminable hilillo de baba humedeciéndole el mentón. Era, sí, un niño de ganglios nudosos, anémico y ventruado, como casi todos los niños del rancherío. Pero aun conservaba su expresión vivaracha y la inquietud de sus piernas ágiles, sobre las que andaba todo el día de un lado para otro, descubriendo mundos insospechados debajo de cada piedra, entre las ramas de cada árbol, sobre la minúscula superficie de cada mata de pasto.

El tiempo parecía haberse estancado en aquel rincón de su memoria donde se grabara el suceso. Y por eso veíalo todo con la misma claridad y la misma exactitud de cuando aconteció. Todo. Desde la pupila enferma de la vaca hasta el cuchillo de delgada hoja y curvo gavilán; desde el bigote hirsuto del hombre hasta los rojos espolones del teruterero alborotador, que revolaba en torno al nido pisoteado.

Sus otros dos recuerdos sobrevivientes— el del médico que se llevó a su madre en el automóvil gris, luego de pronunciar aquella palabra tan linda: “desnutrición”, y el de los “milicos” que hicieron cavar a su padre detrás del rancho, hasta que apareció el cuero descabezado de la oveja —perdían entidad y relieve frente al primero. Además, poco a poco, habíanse ido desdibujando. Ya no podía reconstruir sino con esfuerzo la cara bonachona del médico, su maletín de bruñido cierre, su larga túnica salpicada de barro y yodo. Y costábale también evocar la figura de su padre caminando

delante de los policías, baja la cabeza, torpes las piernas, al hombro el cuero recién desenterrado.

Cuando la brutal conmoción del golpe, tarándole el cerebro, enredó en inextricable lío las imágenes que lo poblaban, fueron aquellos tres recuerdos los únicos que escaparon del caos, del terrible caos en que se desintegró su mundo sensible y emocional. Pero sólo uno de ellos vivía como fuera del tiempo, hurtándose a la acción de su niebla diluyente y escamoteadora. Y por eso su vida, toda su vida, íbase reduciendo fatalmente a la memoria del acontecimiento salvado.

Hacía muchísimo tiempo, sí. Tanto, que ya el pueblo de ratas, ceñido por un cinturón de alambres cada vez más tensos, había ido desplazándose de aquella loma para negrear en otra, un poco más al Sur, dócil a su volandero destino de semilla de cardo. Pero él, sin embargo, por milagro del hecho siempre reciente, continuaba viéndole enclavado sobre el antiguo desnivel pedrizo, metido —como una cuña absurda— entre el verde infinito de las dos estancias circundantes.

La vaca vivía en el potrero más próximo al rancherío y acostumbraba a pernoctar allí, cerca del alambrado. Era pequeña y overa, con peludas orejas movilizadas y grandes cuernos filosos pero inofensivos. Tenía la pupila sana de un hermoso color azulenco; y la otra, la cancerosa, goteaba de continuo una especie de llanto triste y rojizo. Tal vez por su pelaje distinto, o por su continente humilde, o por la enfermedad que la roía, desdenábanla las otras vacas de la estancia, todas ellas pampas, mochas y fornidas.

Una tardecita, él se atrevió a franquear el alambrado tenso para acercársele. Palpó las orejas flácidas y el cuadril puntiagudo. Le tocó con la yema de los dedos

el hocico húmedo. Y el animal lamióle la mano mientras lo contemplaba con su ojo bueno, mugiendo suavemente. Acercósele más, y vio su rostro reflejado en la pupila azulenca. El aliento tibio, oloroso a pasto rumiado, cosquilleaba dulcemente sobre su cuello escrofuloso. Y la lengua áspera, con serlo tanto, tenía una suavidad de caricia maternal para su mano de huérfano.

Entonces él podía pensar aún. Y pensó. La vieja vaca enferma debía de echar de menos a sus hijos, como él echaba de menos a su madre. De ahí, sin duda, la atracción recíproca que experimentaban.

Largo rato permaneció junto a la mole quieta y mansa, entregándole por entero su pequeña soledad. Era aquel el mejor de los mundos que había descubierto desde que correteaba en descampado, lejos del padre enterrador de cueros sin cabeza, siempre taciturno y hermético.

Y desde entonces, todas las tardecitas, cuando volvía de buscar macachines, de masticar tallos de hinojo o de ahumar camoatíes siempre flacos, iba a jugar un rato con la vieja vaca overa de lengua áspera, aliento vegetal y cuernos filosos pero inofensivos.

El peón era aindiado y vestía un chiripá de arpillera y una camisa de franela, a cuadros blancos y negros. Largos mechones incultos escapaban de su viejo sombrero agujereado.

Dejó el caballo junto al alto carquejal y se acercó silbando una milonga. El lo siguió con ávida curiosidad, pisándole la sombra larga y escurridiza.

Lo vio detenerse ante la vaca, que en ese instante dormitaba, echada plácidamente en el sitio habitual, restregándose a intervalos los bordes del hocico con su gran lengua áspera y verdosa.

El hombre llevaba un largo cuchillo en la cintura y la camisa a cuadros recogida en las mangas, hasta el codo. Los brazos eran velludos y cortos y el bigote ríspido, como de alambre. Pero el silbido sonaba grato en la tardecita de cordial tibieza, bajo el dulce cielo lleno de nubes rosadas. Y los ojos, cuando el peón se volvió un segundo para dar fuego a su pucho, parecieron iluminarse con una tierna y retozona luz.

El creyó al principio que el hombre iba a jugar con la vaca. Aunque no había visto jugar jamás a ninguno de los hombres que conocía, lo creyó sin titubeos, candorosamente. Acaso el peón aindiado y la mansa bestia enferma fuesen viejos amigos que volvían a encontrarse por casualidad, después de larga ausencia.

Cuando vio al hombre desenvainar su cuchillo, tampoco tuvo miedo. Gustóle el movimiento resuelto con que se apretó la faja y se recogió un poco más las mangas de la camisa a cuadros.

El sol escintiló alegremente sobre el acero limpio. La vaca levantó un poco la cabeza y luego volvió a bajarla, como en un saludo. Y fue entonces, precisamente entonces, que el hombre pisó el nido junto al albarcón. Y el teruterero, furioso, púsose a revolver sobre su cabeza en ajustados círculos, enhiestos los espolones de las alas.

Cuando él alzó los ojos para seguir el vuelo del ave, advirtió que la nube tras la cual iba a ocultarse el sol tenía la forma de una vaca roja. Una enorme vaca roja, con los cuernos curvos y el aire plácido de la que reposaba allí, cerca del alambrado.

Y en ese momento hirió sus oídos el mugido triste, de inolvidable tristeza. En el primer instante no hubiera podido asegurar si procedía de la vaca terrestre o de la vaca etérea. Pero cuando oyó golpear sobre el campo las pezuñas vacilantes y vio doblarse las flacas patas, como si se quebraran; cuando casi a sus pies se

derrumbó pesadamente la pobre mole mansa, la inofensiva mole overa; cuando la pupila azulenca lo contempló enturbiándose, vidriándose, ya no le cupo duda.

Fue así como la muerte le desnudó su pavoroso sentido. Y todo los pequeños mundos descubiertos bajo las piedras, entre las ramas, sobre los pastos, desaparecieron frente a la monstruosa realidad de aquel cuchillo goteante, de aquel brazo corto y velludo que lo esgrimía, de aquellos ojos humanos sin dolor, de aquella boca que seguía silbando a pesar de la sangre descauzada, del viejo cuerpo yacente, del mugido tristísimo.

Vio la lengua áspera y verdosa alargarse todavía hacia él, una vez más, cual si buscara sus manos para lamérselas. Vio la pupila azulenca reflejar aún su figurilla raquítica como la primera tarde de amistad, como el montón de tardes que la sucedieron. Vio las últimas lágrimas tristes y rojizas gotear del ojo enfermo. Y tendió instintivamente sus brazos al humilde pescuezo desgarrado de donde fluía la vida, en un hilillo ya.

Pero el cuchillo, el silbido y el hombre se aproximaban de nuevo. Y tuvo la sensación escalofriante de que venían por él, trayéndole aquella dura muerte que ellos representaban, que en ellos residía oscuramente, misteriosamente. Y huyó en huída frenética, carquejal adentro, hasta despeñarse en la boca taimada del zanjón.

Por unos días tuvo carne vacuna el rancherío, lo que aseguró la paz nocturna de las majadas. Tal vez la hubo en su rancho, como en los demás. El no lo supo nunca. Su vida estaba ya reducida a tres recuerdos: aquellos dos que el tiempo iba destiñendo y ese otro siempre nítido, presenta siempre, que aunque sustentado por la muerte no moría jamás.

(De: Burbujas)

RETARDO

Se había usado esa noche la vajilla de plata, lo que implicaba una friega de excepción. La señora era muy exigente para con la limpieza de aquel costoso juego. Gustábale que cada pieza resplandeciera como un sol. Y a cada rato dejaba a sus invitados para darse una vueltita por la cocina.

“A ver cómo va éso, Simona”. “Hay que sacarle más brillo a esa fuente”. “Todavía no está como yo quiero esa bandeja...”.

Decididamente, andaba con mala suerte. Hacía tiempo que todo le venía saliendo al revés. Y ahora, para colmo, ese inoportuno retardo. Tan luego la noche que Clara...

Pero era inútil hacerse mala sangre. El fregado de la maldita vajilla requería paciencia y buenas muñecas. Con nervios no se arreglaba nada, al fin y al cabo.

Continuó frotando empeñosamente aquellas antañonas reliquias, tan ilustres como el propio linaje de la señora. El cocinero ya se había retirado. Las dos mucamas, Pancha y Leonor, andaban de cuchicheos con sus respectivos galanes en la oscuridad del jardín, verja por medio. Se las arreglaban bien, las muy tunas. Mientras ésta hacíase besuquear por entre las rejas, aquélla espía-ba los pasos de la señora, y viceversa. Acabarían mal las dos. Eso era evidente. Así había empezado ella también. Y el resultado fue Claudio, su primer hijo. Tenía entonces quince años, como Pancha. Ahora pareciale mentira que los hubiera tenido alguna vez. Ya por aquella época fregaba platos en las casas ricas. La vida la había golpeado duro desde pequeña. Y la seguía golpeando. En ningún tiempo ha sido bueno el mundo para

las fregonas. Si de algo estaba segura era de eso. Menos mal que ya no se hacía ilusiones, como al principio. Aquel su viejo sueño de tener una casita propia y un cuadrito de tierra lleno de flores —geranios, sobre todo— no se convertiría jamás en realidad. Y si lo seguía acariciando era por haberse acostumbrado a él. Y porque era lindo. Nada más. Pero la verdad es que no había tenido suerte. Ni sus hijos tampoco. De los diez que había echado al mundo tres yacían bajo tierra y seis andaban a tropezones por ahí, “tirando”, como suele decir la gente mientras la sangre le circula. Y en cuanto a la última, Clara... Bueno: mejor no pensar.

Sonaron las once en el enorme reloj del comedor, otra añosa reliquia de la familia. Era indudable que no llegaría a tiempo. Cenar demasiado tarde los ricos. Y las vajillas de plata cincelada dan la mar de trabajo.

En la amplia terraza, los señores y sus invitados hablaban de cosas incomprensibles. Ellos, de cotizaciones bursátiles, de redescuentos, de alzas y bajas de títulos hipotecarios. Ellas, de “super-froids”, de “diners” o de partidas de “bridge”. Temas de un mundo bien distinto al suyo, que nunca había podido entender. Aunque a ratos despellejaban también a sus relaciones ausentes y reían sin distinción, celebrando los tijeretazos felices.

No llegaría a tiempo. Clara estaría ya con su valijita de cartón lista, esperando la hora. Para los pobres nunca es problema el equipaje. Saldría de la habitación a las doce, contenta de que ella no estuviera aún de regreso. “En la esquina de Maciel y Piedras, a las doce en punto”. Desde que las oyera casualmente la noche anterior, en el pasillo del inquilinato, esas palabras no habían cesado de atormentarla.

Hubiérase gustado ver a Clara antes de su partida. No porque pensara formularle reproches ni hacerle escenas inútiles. ¿Para qué? Su hija se enojaría. Diríale

que ella había hecho lo mismo de joven. Y era verdad. Por otra parte, el asunto ya no tenía más solución. Eso también lo sabía hacía tres meses y sin necesidad de palabras. Cuando dos mujeres viven juntas en una pieza de conventillo, no es posible disimular ciertas cosas. Y un vientre de muchacha no se deforma ni crece porque sí.

Bueno, pero no era esa la cuestión. Hubiérase gustado verla porque la quería mucho, sencillamente. Las personas se acostumbran a las personas. Y Clara, aparte de ser su hija, era una buena compañera, tolerante y discreta. Sólo le reprochaba, a ocasiones, el nombre que le había puesto. Decía que resultaba inadecuado para una pardita como ella, que la gente se mofaba del contraste entre ese nombre y el color de su piel. Tonterías de muchacha, sin duda. Pero era muy buena, Clara. Le iba a costar mucho habituarse a su ausencia. Hay cosas con las que uno nunca se conforma aunque sepa que tienen que suceder. A ella se le habían ido nueve hijos antes que Clara, y sin embargo, ahí estaba otra vez a punto de llorar, como una principiante.

Acaso Clara fuese feliz con aquel muchacho. Era blanco, pero tan pobre como ella. Y la pobreza empareja y borra los colores. Lástima su oficio de pescador, tan inseguro, porque no siempre el mar provee...

Su hija merecía ser dichosa. Le hubiera gustado más verla casada, es cierto. Pero a las muchachas de su condición la vida no les da casi nunca oportunidades ni tiempo para cumplir con ese requisito, que a la postre tampoco arregla nada. Lo importante es hallar un pecho estable donde apoyarse, ya sea dentro o fuera del Registro Civil. Duele pasar de hombre en hombre, como una moneda. Pero hay cosas que descarrilan cualquier vida. La miseria, por ejemplo.

Acaso Clara tuviese más suerte que ella. El pes-

gador parecía un muchacho sosegado y sin vicios. Ella dio siempre con hombres puro instinto. Como tenían el corazón seco, se hartaban de su cuerpo y se iban. Eso era todo. Arrebatábaselos la atracción de una mujer nueva, o el boliche, o la timba. Pero la gran culpable era la miseria. Cuando los hombres no encuentran qué comer en sus casas, cualquier pretexto es bueno para abandonarlas. Tal vez ellos fuesen mejores si el mundo no viniera rodando tan mal. Sin embargo eso tendría que arreglarse, tarde o temprano. No podía durar siempre. Y el pescador, por lo menos, parecía un muchacho juicioso.

Las once y media. Relucían como soles las piezas de la vajilla de plata. Pero ya no había tiempo para ver a Clara. De esa quinta de Larrañaga hasta el inquilinato de la calle Piedras mediaba un buen tirón. Y los omnibuses pasaban muy espaciados a aquella hora.

Clara estaría contenta de su ausencia. No viéndola, tendría más valor para dar el paso decisivo. Poníase en su lugar y la perdonaba. Cuesta mucho salir con una valijita de cartón al encuentro de un hombre cuando se deja en la pieza a la madre vieja, aunque se crea que está durmiendo y que no se percibirá de nada hasta el día siguiente. Ella lo hizo exactamente igual, de muchacha. Son cosas naturales, que han sucedido siempre. Y, no obstante, duelen una barbaridad. Como si las mujeres pobres tuvieran que pagar en dolor, por anticipado, hasta el necesario amor masculino que les proporciona alguna vez la vida. Como si no fuera suficiente el otro gran dolor, el de los hijos.

Al fin de cuentas, sería mejor no encontrarse con Clara, evitarle el mal momento. De todas maneras, habría de irse lo mismo. Era lo natural. Una madre que sólo está en casa por la noche, un gato viejo y medio ciego que duerme el día entero y dos mustias plantitas

de geranio, nostálgicas de sol, no bastan para colmar la vida de una muchacha. Los geranios, si pudieran andar, también se irían seguramente, huyendo de la tierra sin jugo y de las latas herrumbrosas que los aprisionaban.

Era lo natural, sí. Pero era triste. Una mujer necesita de un hombre como una planta de geranio necesita del sol. Razones de la sangre y de la savia, contra las cuales nada pueden las demás razones. Clara debía de quererla como antes, ni más ni menos. Pero un hombre es un hombre.

“Ahora sí está a mi gusto la vajilla, Simona. Puede retirarse”. Hacía más de diez minutos que la señora había dicho aquellas palabras. Y estaba todavía allí, hecha una tonta. ¡Bah! Después de todo, no llegaría a tiempo.

Pancha y Leonor andaban con la cara encendida, como amapolas. Mirábanse a hurtadillas y sofocaban risitas maliciosas. Razones de la sangre, demasiado fuertes para combatir las. Máxime cuando la tierra despedía ese potente olor a vida que llenaba el jardín, aliándose al del polen y al de los brotes nuevos. Y cuando el tic-tac del secular reloj les recordaba de continuo que la juventud también pasa.

“Hasta mañana, muchachas”. . . ¡Qué bueno estaba el aire en la calle! En la pieza del inquilinato, por el contrario, debía de hacer un calor terrible. El gato dormía tendido de costado sobre el baúl, como siempre. Las hojas de los geranios, arrugadas, flácidas, parecerían de trapo. Allá la primavera difería bastante de la de ese jardín oloroso. Apenas si era una sucesión de números en un calendario barato, bordado por las moscas.

Ya se acercaba el ómnibus, trepidando. Hubiera sido mejor que demorase un poco más. Tenía miedo de ponerse a llorar cuando llegara. Dos anémicas plantas de geranio y un gato dormilón no bastan tampoco para

colmar la vida de una mujer que ha tenido diez hijos. La gente necesita de la gente. Y es dura la soledad en una pieza de conventillo cuando se ha vivido soñando, entre fregado y fregado, con una casita propia y un cuadrito de tierra lleno de flores.

(De: Asfalto)

UN SUEÑO

Camina despacio por las calles anchas y claras, sobre las que escintila alegremente el sol dominical. Va sin rumbo fijo, gozando del limpio aire matutino que le ensancha los pulmones y juguetea con el mechón de pelo caído sobre su frente, por debajo de la visera de la gorra. Ve su cara reflejada en los cristales de las grandes vitrinas, en el reluciente mármol de los zócalos, en el barniz de los automóviles estacionados contra las aceras. Oye el ruido de sus pasos sobre el pavimento y la voz de las personas con las cuales se cruza. Pero lo verdaderamente maravilloso no es ese sol, ni ese aire, ni ese vagar placentero bajo la tibia luz del día de asueto, sino la presencia de su mano derecha intacta, con los cinco dedos ágiles y seguros que puede mover a voluntad, abrir y cerrar sin esfuerzo cuantas veces se lo propone. A cada instante la levanta hasta la altura de sus ojos para disfrutar del indecible júbilo de verla. Observa minuciosamente la palma áspera y llena de cortaduras, el dorso surcado de gruesas venas azules, los nudillos grandes y rugosos, las uñas cortadas a ras de carne para atenuar la suciedad del trabajo. Todo está exactamente igual. Hasta esa cicatriz de la quemadura que hiende al sesgo la piel, entre el pulgar y el índice. Hasta la rebelde verruga del anular, ennegrecida por los cauterios.

¡Qué pesadilla tan horrible ha sufrido! Recién ahora, examinando su diestra entera, palpándola para asegurarse de su realidad física, cae en la cuenta de que todo ha sido un mal sueño. Hasta las manchas de cal que, entre dedo y dedo, lograran sustraerse a la acción higienizante del jabón y el agua; hasta las yemas roídas por los ladrillos; hasta el obstinado tufo de la mezcla

oculto entre los poros, contribuyen a demostrárselo. Continúa siendo el albañil Juan Dutra, de la Empresa Constructora Bianchi y Cía. Un obrero dueño de sus dos manos, capaz de manejar la cuchara y levantar una pared como el mejor. La caída del andamio, el espantoso dolor de los huesos rotos, la amputación de la diestra a la altura de la muñeca, sólo han existido en su imaginación. Y lo mismo puede decirse de todo lo demás: de la desocupación, de las privaciones, de la angustiada e inútil búsqueda de trabajo, durante meses y meses. Y no es cierto tampoco lo de su ruptura con Graciela, a quien irá a visitar esa misma tarde, como de costumbre.

Una pesadilla verdaderamente atroz. Aún le parece oír las palabras de Graciela hincándosele en el corazón como alfileres: "Eres un hombre inútil, Juan. Y los pobres tenemos que pensar en los hijos".

¡Un hombre inútil! Hasta había sentido ímpetus de abofetearla en aquel momento. ¡Un hombre inútil! ¿De modo que ella no lo quería por sí mismo sino por el techo que pudiera darle, por el pan que habrían de ganar sus manos?

Pero, bien mirado el caso, tenía razón Graciela. Ella era una muchacha normal y necesitaba echar hijos al mundo, naturalmente. Y a los hijos no se les nutre con cariño, por muy grande que éste sea. Cuando un hombre pobre se cae de un andamio y se rompe la mano derecha, queda obligado a duros renunciamentos. Graciela tenía la cabeza sólida, no obstante su juventud. La pobreza le había enseñado, entre otras muchas cosas, a establecer el límite preciso entre los sueños y la realidad.

Se contempla una vez más la mano mientras prosigue andando. Sin la atroz pesadilla, nunca hubiera sido capaz de comprender su verdadero valor. Esa palma tosea, esos dedos cortos y fuertes, endurecidos en la dia-

ria tarea de atrapar ladrillos voleados y sostener baldes de mezcla, significarle el derecho al amor, a los hijos.

¿Le contará a Graciela el sueño que ha tenido? No le será difícil reconstruirlo, pues lo tiene grabado en la memoria de principio a fin, hasta en sus menores detalles.

Un sueño como jamás soñará otro, sin duda. Correrán los años, blanqueará su cabeza, y el recuerdo de esa pesadilla torturante continuará viviendo en su cerebro con indeleble nitidez. Sobre todo, la sensación de asfixia experimentada cada noche en aquel sótano estrecho, húmedo y oscuro, donde la pobreza le obligara a refugiarse. Y el desaliento tremendo de cada día, cuando el reloj despertador le recordaba que había que echarse a la calle, a la búsqueda siempre vana de ocupación.

Nunca hubiera supuesto que se podía soñar un sueño tan perfecto. El sótano aquel, por ejemplo, tenía una aterradora presencia de cosa real. Obsesionaban su sordidez, su negrura de cueva, el descascaramiento de sus paredes ruinosas. Era un tormento insoportable para él, habituado a la luz y al aire puro, sumergirse en semejante cuchitril, como un topo en su madriguera, y envenenarse la salud con sus miasmas, con su atmósfera densa y enrarecida.

¡Qué alegría la de saberse libre de todo eso, la de mirarse la mano intacta, la de sentir el calor del sol sobre la piel y la caricia del aire matutino que juguetea con su pelo! ¡Y, sobre todo, la de tener la certeza de que no ha perdido a Graciela!

Para exteriorizar su júbilo, pónese a silbar un aria de ópera que aprendiera del viejo Bottarini, el frentista de la empresa.

Sigue siendo Juan Dutra, un albañil con las dos manos enteras y el jornal diario asegurado. Habita una pequeña casa con fondo, limpia y llena de sol, en las in-

mediaciones del Prado. Y el año entrante, si le mejoran el salario, se casará con Graciela, que sin duda habrá de darle hijos fuertes y sanos, con las dos manos enteras, como él.

Es una delicia caminar así, silbando un trozo de ópera y disfrutando de ese tibio sol de domingo, mientras los pulmones se llenan de aire fresco y la diestra está ahí, en su sitio, grande y fuerte como siempre, ostentando a la luz matinal su áspera palma, su verruga quemada por el nitrato, sus gruesas y abultadas venas pletóricas de sangre.

¿Por qué habrá empezado a desvanecerse la claridad del día? ¡Cosa extraña! Diríase que las casas se empequeñecen, que el suelo pierde consistencia bajo los pies y que las calles se van estrechando hasta cerrarse en ángulos violentos, acorralándole en una trampa sin salida.

¿Y esa niebla amarilla que escamotea los objetos y se espesa cada vez más en su redor, como si quisiera ahogarle?

Es algo inexplicable lo que está ocurriendo. ¡Y ahora esa campanilla que suena sin cesar y cuyo tintineo se acerca hasta doler en los tímpanos! ¡Y ese insufrible tufo a humedad! ¡Y esa negrura que impide ver la mano derecha... la mano derecha que ya no se mueve... que ya no se siente... que ya no se palpa más...!

(De: Asfalto)

DONATO

—Ordene, coronel.

—Echále el pasador a la puerta primero y arrímate bien cerquita después. No hay que olvidar aquel dicho de que las paredes tienen oídos.

Donato cumplió la orden en silencio y luego aguardó de pie, junto a don Feliciano, haciendo girar entre los dedos el viejo sombrero alón, desteñido por los soles y las lluvias.

Antes de que el estanciero comenzara a hablar se miraron uno y otro a los ojos, como estudiándose, como queriendo escudriñarse mutuamente el alma.

Don Feliciano picó y armó con lentitud un cigarro, lo encendió, dio dos o tres chupadas largas, y hundiendo una mano entre el abultado vientre y el cinto con hebilla de plata y oro —en la que se destacaban gruesas y petulantes sus iniciales— preguntó al fin en voz baja:

—¿Vos conocés a Ladislao Molina, el capataz de “Los Ceibos”?

—Un algo, coronel. Me tocó dormir una noche en la estancia, van pa tres meses d’esto, cuando volví de la última tropiada. Se ve que es un hombre muy servicial don Molina.

—Tal vez... Pero es mal pelo. Y muy entremetido. Ha andao queriendo sonsacarme gente. Me fastidia y me estorba, ¿comprendés?

—Comprendo.

—Entonces no hay más que hablar. Cuanti menos palabras mejor se entienden los hombres, ¿no es verdad?

—Si usté lo dice, coronel...

—Bueno; escucháme bien: yo sé positivo que el tal Molina baja al pueblo esta noche, pues su patrón lo

mandó buscar de apuro. Y casualmente no hay luna...
¿Te animás?...

—Si usted dispone, coronel...

—Te daré cien patacones redondos y todavía te quedaré agradecido por el servicio. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, sí, señor.

—Entonces andá con Dios. Y buena suerte.

Así diciendo, el "coronel" hizo un guiño significativo, rascóse parsimoniosamente el vientre y señaló la puerta, dando a entender que la entrevista había terminado.

Donato rozó con su ancha y tosca mano la diestra del estanciero, recorrió el pasador y salió a paso lento de la habitación.

Junto a la tranquera lo aguardaba su caballo ensillado. Desmaneólo, montó sin estribar, en ágil salto, y emprendió al trotecito el camino de su rancho, distante un par de leguas de allí, pero aún en pleno campo de don Feliciano Costa, hacendado y caudillo. Porque la estancia era de aquellas que se medían por suertes y donde las cabezas de ganado se contaban por miles.

—¿Qué andás por hacer, Donato? —le preguntó con inquietud su mujer, viendo que el hombre descolgaba el máuser del tirante y se ponía a limpiarlo y aceitarlo cuidadosamente, mientras runroneaba a labios cerrados una musiquilla insulsa.

—Por ver si cazo algún capincho, aprovechando el repunte del arroyo.

En vano la mujer siguió indagando. En vano los "gurises", apeñuscados en torno a él, pidieronle permiso para tocar aunque fuese la culata del arma con sus ávidas manecillas. Donato se había hundido en uno de

aquellos herméticos silencios de los que nada ni nadie conseguía sacarlo.

Con una sola mirada, muy significativa por cierto, puso fin al terco interrogatorio de su consorte. Y con un recio coscorrón en la cabeza del hijo más osado, se libró del molesto asedio de la gurrumina.

Entonces, más tranquilo, reanudó el canturreo y la limpieza de la "herramienta", como él llamaba al máuser. Revisó minuciosamente la recámara y los muelles, probó varias veces el funcionamiento del disparador, frotó el interior del cañón con un hisopo para quitarle el moho y los residuos de pólvora que pudiera tener en las estrías.

Una vez acabada la tarea volvió a montar a caballo, le dijo a su mujer que no le esperase a cenar porque iba a regresar tarde, y se marchó de nuevo al trotecito, ensimismado y calmoso como siempre.

Sentado en el suelo, con el máuser sobre las piernas y la espalda apoyada contra un corpulento tronco de guayabo, Donato permanecía en acecho desde hacía una hora larga. A escasos metros de él blanqueaba la raya del camino, que interrumpido allí por el arroyo reanudaba su trayectoria en la otra margen, más allá de la empinada barranca.

Ya tenía todo planeado. Dejaría que el jinete vadease la picada, y cuando fuera a repechar, tomando la curva y dándole la espalda, le dispararía el arma apuntándole a la nuca, favorecido por la claridad que proyectarían el agua y la arena sobre su cuerpo. Sería una muerte rápida y sin dolor. La más adecuada para un hombre simpático, cordial, y seguramente bueno, como tenía que ser Molina. Cuanto más exacto le saliera el tiro, mejor. No era que tuviese miedo, no. Es-

taba acostumbrado a matar hombres. Pero es que había maneras y maneras de hacerlo. En las patriadas, por ejemplo, con la tacuara en ristre y enloquecido por el fragor del entrevero, no vaciló jamás. Allí sólo cabía una disyuntiva: lancear o ser lanceado. Y la opción no resultaba difícil, ciertamente. Pero acechar entre las sombras y herir a sangre fría, sin que el pellejo propio corriese el menor riesgo, era cosa distinta. A él no le gustaba hacerlo, por supuesto, pues no tenía alma de asesino. Lo haría, sin embargo, porque al "coronel" no se le podía decir que no. Era el caudillo, el jefe, y había que obedecerle. Por otra parte, él le debía infinidad de favores a don Feliciano. Este había permitido alzar el rancho en su campo, le suministraba la carne, la yerba y la galleta, y hasta le regalaba alguna que otra pilcha cuando lo veía en harapos. Además, aquellos cien patacones le hacían muchísima falta. Con ese dinero podría desentramarse y recobrar en la pulpería el crédito perdido.

Total, no era una cosa del otro mundo matar a un hombre en frío. Cuestión de agallas también, después de todo. Y si Molina tenía que morir tarde o temprano, como todo viviente, quizás fuera preferible tumbarlo allí, de un balazo bien pegado, evitándole una futura consunción en la cama, los sufrimientos y las miserias físicas de la enfermedad, la angustia de la agonía...

Era un hombre simpático, Molina. Aunque lo había visto solamente una vez, recordaba perfectamente los rasgos de su rostro moreno, sus ojos claros y francos, su sonrisa acogedora. "Abájese nomás y desensille. Está en su casa, amigo". Así le había dicho aquella noche que fue a pedir posada a "Los Ceibos". Y luego el mate amargo que compartió con él; la tabaquera repleta y el mazo de chalas frescas puestos desde el primer instante a su disposición; el sabroso costillar de

la oveja carneada expresamente para agasajarlo, "porque el charque ya estaba muy reseco". Y la amical conversación de sobremesa, tocando todos los temas de rigor, con excepción del político. Sería "mal pelo" el hombre, como decía el "coronel". Pero costaba creer que hubiera andado "sonsacándole gente". ¡Parecía tan reservado, tan discreto!...

Creyó oír ruido de cascos a lo lejos y aguzó el oído. ¡Ojalá fuera él! Así acabaría de una vez esa espera que ya empezaba a cansarle.

Pero el rumor se fue diluyendo a lo lejos hasta hacerse imperceptible. Algún contrabandista, tal vez, cortando campo para evitar peligros. O algún amante furtivo. ¡Vaya a saber!...

Sí, tenía que ser un hombre especial aquel Molina. Lástima no haberle tocado en suerte otro candidato. ¡Había tanta sabandija de más en el mundo!...

Pero él, Donato, no tenía la culpa de "aquello", al fin y al cabo. Quien lo había dispuesto había sido el "coronel", hombre terco y caprichoso, al cual no se le podía discutir una orden. Y él se limitaba a obedecer, sencillamente, como lo había hecho siempre.

Por un momento se imaginó a la mujer del capitán, llorosa y enlutada, sin saber qué responder a la nube de "gurises" —llorosos y enlutados también— que le preguntaban por el padre ausente.

¡Bah! ¡Tonterías! Nunca se había sentido tan blando. Consecuencia de los años, tal vez... Pero él estaba allí para matar a un hombre y no para apiadarse de sus deudos por anticipado. Y si no lo hacía él, otro lo haría, porque al "coronel" no le faltaban hombres resueltos y sin escrúpulos, que estarían ansiosos por ganar los cien pesos prometidos. El tuerto Carabajal, por ejemplo. O el mulato Pereira. O el zurdo Juan Corrales. Cualquiera de los tres lo reemplazaría gustoso, pues a desalmados y sanguinarios no les ganaba nadie.

Era cosa de zonzo ponerse a titubear. Empero, sentíase nervioso como nunca. Le temblaba visiblemente el pulso. De continuar así, hasta era posible que marrase el tiro.

Volvió a percibir rumor de cascos. Alguien se aproximaba al trotecito.

Esta vez era él, no cabía duda. Lo vio asomar en lo alto del camino, llegar al paso y aminorar la marcha en el descenso, para detenerse finalmente junto al agua.

Prevenido como buen gaucho, Molina se apeó y ajustó la cincha de su caballo antes de iniciar la travesía del arroyo, levantando también los cojinillos. Luego volvió a montar y hendió la corriente al sesgo, con las piernas recogidas para no mojarse las botas.

Entonces Donato levantó su máuser y apuntó. El caballo repechaba al tranco, dificultosamente, la empinada barranca. La espalda y la cabeza del hombre se recortaban nítidamente ahora a la lechosa claridad del arenal y el agua. Era un tiro seguro, segurísimo. Pero no había que perder tiempo. A la una... a las dos... a las tres...

Molina alcanzó el borde de la barranca y retomó el camino al trotecito, desapareciendo en la noche. Donato no acertaba a comprender lo que le había ocurrido. Con el dedo inmovilizado en el gatillo del arma, rezongó:

—¡Soy un flojo! ¡No sirvo pa este oficio!

Pero en lo íntimo del pecho sentía un alivio gozoso, una nunca experimentado bienestar.

(De: Agua mansa)

El estero acentuaba por momentos su acre olor a juncos en descomposición y a cieno fermentado. Y como para reforzar aquel inequívoco signo de tormenta comenzó a hendir el aire denso, sofocante, una nube de raudos "aguaciles". Por otra parte, arreciaban el lanceteo y el zumbido infernal de los mosquitos.

Mate va, mate viene, los dos hombres aguardaban en silencio, ensimismados, la hora de la faena.

Pronto se escondería entre el juncal inmenso la roja bola del sol. Y en la melancólica calma del crepúsculo retornarían de prisa a sus refugios las bandadas de garzas salvajes. Y con las primeras sombras llegaría el instante propicio para la caza y el desplume.

A fin de defenderse mejor de los voraces mosquitos, e incluso de la secreta inquietud que le había puesto los nervios tensos como alambres, Andrés fumaba cigarro tras cigarro. Sus ojos no perdían uno solo de los movimientos de Tomás, que ahora, en medio de la hosca pesadez de esa atmósfera de plomo, le parecía más hostil, más cargado que nunca de malas intenciones, de siniestros propósitos.

Sin embargo, la actitud del compañero no justificaba en modo alguno aquel atisbo. Abstraído, indiferente, como insensible a cuanto le rodeaba, Tomás sólo se movía para recoger el mate o devolverlo. No había en él ningún asomo de hostilidad, ni el menor gesto capaz de infundir sospechas. Si algo dejaba traslucir su rostro era un abúlico tedio, una especie de tristeza fatalista y cansada.

Pero Andrés interpretaba de muy distinta manera su ensimismamiento. Y creía tener razones poderosas para ello. Desde muchas noches atrás veníale socavan-

do el cerebro una idea persistente, que había concluido por volverse obsesión. Tomás quería matarlo porque estaba celoso. Esa era la verdad. Desde que supo que Carmen iba a casarse con él, tornóse huraño, enigmático. Dejó de ser el amigo de corazón abierto que había sido hasta entonces. Y el despecho fue incubando en su mente, poco a poco, la siniestra intención que ya se leía en sus ojos.

Recordó las únicas palabras cambiadas entre ambos acerca de la muchacha. Fue una madrugada que volvían del pueblo, soñolientos aún, con los inseparables caballos trotando en una misma línea.

—Anoche te vi con Carmen. ¿La querés en serio?

—La quiero. Nos casamos pal año. ¿Por?

—Por nada. Preguntaba, no más...

Hubo un silencio molesto, embarazoso, y luego él indagó:

—¿Es cierto que vos tuviste relaciones con ella?

—Hace tiempazo ya. No te preocupes. Lo pasao, pisao.

Desde entonces, ya no volvieron a nombrarla. Pero Carmen seguía interpuesta entre los dos, alejándolos cada vez más uno del otro. Si de algo estaba convencido Andrés era de eso. De eso y de las aviesas intenciones que abrigaba Tomás a su respecto.

La convivencia se les fue haciendo difícil. Pasaban días enteros sin cambiar más de dos o tres monosílabos. Los estrictamente indispensables para entenderse en el trabajo. Y por las noches, Andrés trasladaba su recado al otro extremo de aquella especie de islote seco en que habían establecido el campamento, y allí tendía los cojinillos y jergones que le servían de cama. Pero ni aún así podía dormir tranquilo. Cualquier susurro mínimo, el roce de la brisa o de alguna alimaña nocturna entre los juncos, hacía incorporarse sobresaltado, manoteando

la escopeta, o empuñando el facón que siempre tenía al alcance de la diestra.

—Ya está lavao que da asco.

—¿Lo ensillamos?

—Por mí, no.

Andrés lió un nuevo cigarro y prosiguió tomando mate solo. Acababa de hundirse el sol, velado por una bruma rojiza, como de sangre. Hacia el Oriente empezaban a acumularse pesados nubarrones. Y el mefítico hedor del estero, cada vez más denso, tornaba irrespirable aquel aire caliente y estancado.

No soplabla una brisa. Los juncos verticales, inmóviles, alargaban hasta el horizonte la uniforme monotonía del paisaje. Croaron algunas ranas distantes. Y como si hubieran estado esperando tan sólo esa señal, otras más próximas respondieron de inmediato al invisible conjuro. A los pocos minutos todo el estero se llenó de un clamoreo compacto, ronco, infatigable.

Andrés se levantó y arrojó un terrón al agua para restablecer momentáneamente el silencio.

—¡Bichos jodones! —rezongó.

Sus nervios parecían a punto de estallar. Tomás, siempre abstraído, siempre inmóvil, contemplaba con ojos ausentes aquel lodo chirle y fétido, removido por el azoro de veloces fugas.

—Parece que va a llover.

—Parece.

Las palabras sonaban huecas, inútiles. Solamente tenían importancia los gestos, las actitudes.

Volvieron a enmudecer los dos hombres, atento cada uno de ellos al intransferible y secreto bullir de sus propios pensamientos. El recuerdo de la mujer lejana continuaba aislándolos, suprimiendo inexorablemente entre ambos toda posibilidad de comunicación.

De pronto empezaron a aparecer en el horizonte las primeras bandadas de garzas en regreso. Venían des-

de los pantanos costeros de la Laguna Merín, en vuelo presuroso; giraban sobre el juncal, apretujándose entre graznidos inquietos, trazando círculos cada vez más estrechos y más bajos; y luego descendían hasta desaparecer en el corazón del gigantesco estero, ya localizado exactamente el sitio donde acostumbraban a pernoctar.

Era un maravilloso espectáculo el que ofrecían aquellas legiones de aves blancas y rosadas, cada vez más numerosas y urgidas, revoloteando sobre la sombría inmensidad del juncal.

Andrés, que había vuelto a agazaparse al verlas, olvidó por un instante sus preocupaciones y se puso a hacer cálculos. Sería proficua la labor de esa tardecita. Podrían cazar muchas docenas de garzas y obtener sendas bolsas de plumas de primera calidad. Y quizás las ganancias le permitieran abandonar aquel penoso oficio, adquirir una chacrita en las inmediaciones del pueblo y vivir en paz con Carmen, trabajando la tierra. Eso sería lo mejor. La vida del garcero ya no servía para él. Ese silencio forzoso, esa monotonía agobiante del juncal, ese malsano olor de los esteros plagados de mosquitos, de sanguijuelas viscosas, de taimadas vibras, resultábanle cada día más intolerables. Que Tomás se buscara otro socio, si quería. Al fin de cuentas, ya no quedaba entre ellos nada de la comprensión y del afecto antiguo. Antes, cuando se entendían sin necesidad de hablarse, con sólo un gesto, con sólo una mirada, cuando eran verdaderos amigos y se confiaban sin recelos sus secretos más íntimos, cualquier sacrificio hacía se llevadero. Pero ahora Tomás lo odiaba y hasta sería capaz de asesinarlo si se le presentaba una ocasión propicia. No podía conformarse con que Carmen fuera suya. Era uno de esos hombres sin nobleza que no saben perder...

Bruscamente cortó sus reflexiones para observar de

rejo al compañero, pues había creído advertir en él un movimiento sospechoso.

Tomás acababa de incorporarse, en efecto, y avanzaba paso a paso hacia allí, con las venas del cuello tensas y una dura fijeza en la mirada. Parecía una animal montaraz acercándose a su presa.

¿Querría aprovechar su momentáneo descuido para ultimarle a traición? ¿Sería capaz de tamaña villanía?

No había concluido de hacerse estas preguntas cuando lo vio llevarse la mano a la cintura y desenvainar con cautela el afilado machete. Entonces dio un ágil brinco, blandiendo a su vez el suyo, y hendióle el cráneo de un certero golpe mientras le gritaba:

—¡Tomá, por ventajero!

Desde el suelo, pudo aún el compañero extender el brazo y advertirle con un hilo de voz:

—¡Cuidao!

Andrés volvió los ojos hacia el sitio que el otro le indicaba, y recién entonces vio la yarará en acecho, pronta a saltar sobre él.

En ese mismo instante, un fuerte trueno anunciaba el comienzo de la lluvia.

(De: Agua mansa)

LA CRECIENTE

Cuando retumbó el primer trueno, breve pero fortísimo, Torcuato estaba soñando con la "bayana" Paula. Veía sus ojos ardientes y provocativos resplandecer muy cerca de los suyos y sentía contra su boca la presión de aquellos labios sensuales, anchos y pulposos, que tantas veces había deseado besar sin conseguirlo.

Se incorporó bruscamente, restregándose los ojos, y maldijo aquel trueno inoportuno que lo había despertado.

Estaba solo en el catre, como siempre. Sus compañeros roncaban todavía, abrumados por la fatiga de la jornada última, que había sido durísima y sin pausas.

A través de las rendijas de la puerta que daba al galpón, vio brillar los relámpagos que se sucedían casi sin intermitencias, haciendo viborear en todas direcciones su cegadora luz.

Otro trueno potente sacudió las paredes de terrón como si fuera a voltearlas.

Por todas partes resonaban ahora las metálicas voces de las ranas, que se desgañitaban de gozo ante la perspectiva de una buena lluvia.

Y por entre las breves pausas de aquel croar jubiloso, subía trémulo y ronco el canto de los gallos.

Era la madrugada ya, seguramente. La tormenta crecía. El aire húmedo y denso hacía más pegajoso que nunca el agrio hedor de las jergas sudorosas y las frazadas mugrientas, a la vez que intensificaba el tufo de la estiba de cueros del galpón. Y hasta parecía que las mismas pulgas se tornaban peores que de costumbre, aumentando su inquietud y su agresividad.

Soplaron algunas ráfagas fuertes y luego empezó a

llover. Cayeron primeramente tres o cuatro chubascos breves, de goterones gruesos y espaciados. Después fue un aguacero torrencial, cerrado, impresionante.

Un resplandor azul, fugaz pero vivísimo, iluminó de súbito la pieza. Y fue tan poderoso el estampido del trueno que arrancó bruscamente a los otros dos peones de su profundo sueño.

—¡Qué lo tiró a ese bárbaro! —rezongó Bermúdez.

—Un poquito más de puntería y nos manda pa los pagos de Mandinga —añadió burlescamente Calderón.

El fuerte olor a azufre que invadía la pieza confirmóles que el rayo había caído muy cerca, tal vez en el patio mismo, o en alguno de los añosos árboles que rodeaban la estancia.

Torcuato encendió el candil y se puso a armar con lentitud un cigarro. Los otros lo imitaron. Contra la puerta se revolvían los perros, quejumbrosos y asustados. La lluvia seguía azotando furiosamente la quincha y los relámpagos fulguraban sin pausas.

—¡Lindo domingo le va a tocar al que sabemos! —bromeó Calderón haciendo un rápido guiño que Torcuato simuló no ver—. Pa mí que va a farriar a bocha en el pueblo.

—¿Y vos te cres que el mal tiempo lo puede asujetar a éste? —dijo Bermúdez—. Acordáte de que anda enamorado el hombre, y de que pa él un pelo'e la bayana Paula tiene más juerza que una yunta'e bueyes.

—¡Dejensén de hablar pavadas! —gruñó Torcuato—. Tras que este tiempo cascarria me arruina el domingo libre todavía tengo que estar aguantándolos a ustedes.

—No te aflijas que es peor, no seas zonzó. Si no podés dir al pueblo nos pasaremos comiendo tortas fritas y jugando a la escoba'e cuatro con la parda Juana.

—O sacando las ovejas del monte, andá a saber...

Estas palabras de Bermúdez cortaron de un golpe la conversación. Fue como si los tres hombres hubie-

ran perdido la voz al mismo tiempo. Hasta ese instante habían estado chacoteando entre sí, indiferentes, al parecer, a las consecuencias que la lluvia pudiera traerles. Pero la verdad es que todos, desde que despertaron, no pensaban en otra cosa que en lo que Bermúdez acababa de decir.

Como recién había concluido la esquila y el tiempo estaba demasiado fresco, la majada había sido conducida el día anterior hasta el potrero del fondo, donde tenía el abrigo de un espeso monte. Ni el más remoto índice de tormenta se vislumbraba entonces. El cielo estaba enteramente limpio. El aire quieto, seco y frío, hacía pensar más bien en una helada tardía que en una lluvia diluvial como aquella.

Largo rato estuvieron callados los tres hombres, oyendo el incesante retumbar del trueno y el compacto repiqueteo del aguacero en la quincha. El candil crepitaba sin descanso y su amarilla luz encogíase como medrosa a cada golpe de viento. El humo de los cigarros enturbiaba el aire fétido de la habitación. A través de la cortina espesa de la lluvia se oía cada vez más roncó y desvaído el canto de los gallos.

Apenas se insinuaba en el horizonte la raya gris del alba cuando el capataz hizo irrupción en la cocina renegrida y pringosa; donde desde ya hacía rato amargueaban los peones junto al fuego, sin cambiar una palabra, hundidos los tres en íntimas cavilaciones.

—¡A ensillar, muchachos! ¡Pronto! ¡Tenemos que sacar la majada del monte antes de que el arroyo salga campo afuera!

Los aludidos se incorporaron silenciosos y fueron en procura de sus ponchos. Un instante después, des-

calzos y arremangados hasta las rodillas, estaban sobre el lomo de los caballos traídos del piquete, prontos para enfrentarse a los rigores del tiempo.

La lluvia seguía cayendo sin cesar. Improvisados arroyos de agua turbia corrían ya por todas partes, convergiendo en los bajíos para formar lagunas de impresionante anchura. El frondoso paraíso en cuya copa había caído el rayo mostraba sus gajos rotos, quemados y desnudos, que parecían inútiles muñones.

De tanto en tanto volvía a detonar el trueno, aunque más lejos ya. Y los relámpagos espaciaban poco a poco su cárdeno zigzagúeo en el plomizo cielo.

Los tres peones galopaban en una misma línea, de cara a la recia lluvia, que los golpeaba con violencia implacable. Delante iba el capataz en su cebruno grande y voluntario, bien afirmado en los estribos y con las riendas tensas. El campo, empapado, producía un ruido fofo bajo los cascos de las bestias, cuyo rítmico galope abría en derredor un ancho abanico de agua cenagosa.

Ninguno de los hombres despegaba los labios. Iban los cuatro ensimismados y con aire hostil, fijos los ojos en el monte que se alzaba a lo lejos, contraído el rostro para soportar mejor el azote de la lluvia.

Cuando llegaron al potrero del fondo el capataz sofrenó su cebruno y viró riendas, enfrentándose a los peones.

—La majada ha de estar en la isla del medio —dijo—. Vamos a tratar de sacarla pa este lao antes que se enllene el riacho... Si es que ya no está lleno.

Sesgaron la dirección que llevaban y galoparon en línea recta hacia el sur. La lluvia los castigaba ahora de costado, obligándolos a inclinar la cabeza sobre el hombro izquierdo.

A medida que se aproximaban al arroyo hacíase más difícil y riesgoso el galope, pues el campo, en de-

clive pronunciado, se ponía cada vez más blando y resbaladizo.

Detuviéronse al fin, ya sobre el monte. Desde allí percibían con nitidez el amenazador rezongo del arroyo. Era algo así como un trueno sordo, lúgubre y continuo, que en vez de bajar del cielo pugnaba por subir hacia él, remontándose desde las entrañas mismas de la tierra.

—Ya está que bufa el sangrador, don Rómulo —previno Calderón.

—Pacencia. Hay que dir lo mismo.

Y dando el ejemplo, el capataz se internó resuelto en el angosto senderito, bordeado de áspero monte, que conducía al arroyo. Sus hombres lo siguieron uno detrás de otro, en fila india. La marcha era lenta y penosa. Los caballos resbalaban a cada paso, trazando profundos surcos en el barro. Las hostiles ramas de espinillos y talas se prendían como zarpas de las ropas y arañaban las desnudas pantorrillas, las manos y los rostros al menor descuido.

No tardaron los jinetes en oír el implorante y trémulo balar de las ovejas, que a medida que ellos se acercaban hacía se más preciso, superando con sus agudas notas el grave vozarrón de la corriente.

—¿No les dije? —gritó don Rómulo sin volver la cabeza—. ¡Está todita la majada en la isla!

Prosiguieron avanzando a duras penas, entre costaladas y arañazos, para llegar por fin al “sangrador”. Era éste un ancho y curvo brazo del arroyo, que al volver a cerrarse sobre el cauce principal formaba un gran islote, ligeramente oblongo, donde las ovejas acostumbraban a pernoctar cuando hacía frío, o a buscar sombra protectora durante las ardorosas siestas del verano.

En épocas normales el “sangrador” no era sino un zanjón de escasísimo caudal, cortado a trechos por los

desmoronamientos de sus propias paredes marginales, y cuyas aguas estancadas se iban pudriendo en lagunetas verdosas, donde crecía a sus anchas la aromática menta y proliferaba toda clase de ranas. Pero durante las crecidas del arroyo aquel zanjón se convertía en un torrente impetuoso, arrollador, que arrastraba entre sus aguas revueltas y enfurecidas cuanto encontraba ante sí.

—Viene creciendo ligero el loco viejo; pero creo que todavía da paso —opinó el capataz luego de atento examen—. Vamos a ver si lo bandiamos por aquí nomás pa ganar tiempo.

Se apeó, le ajustó bien la cincha a su cebruno, y volviendo a montar lo taloneó con fuerza. El animal resopló ruidosamente, dilatando las narices y echando hacia adelante las orejas en señal de alarma. Pero un violento rebencazo en el anca disipó sus recelos. Entró al agua despacio, como tanteándola, y luego cortó la corriente casi a volapié, con enérgica y firme arremetida.

Uno después de otro fueron cruzando el riacho los peones, no sin haber tomado ellos también las mismas precauciones que don Rómulo.

—¡Allá en la vuelta tiene que estar bajo! ¡Hay que repuntar p'aquel lao la majada antes que enllene más! —ordenó éste.

Y comenzó el arreo hacia la parte más ancha del “sangrador”, que hacía allí una curva pronunciada. Entre sonoros gritos y revoleo continuo de rebenque, las ovejas fuéronse apretujando a la orilla del agua. Tiritantes y medrosas, se resistían a avanzar hacia la corriente, cuyo amenazador rezongo envolvía y apagaba los lastimeros balidos. Las más débiles caían sobre sus patas dobladas y las otras se les echaban encima, pugnando desesperadamente por volverse atrás, rumbo al

centro del islote. Era un espectáculo conmovedor el que ofrecían aquellas pobres bestias torpes y empavorecidas.

—¡Bicho jodido pal agual! —rezongó don Rómulo.

—¡Pior que gato! —agregó Calderón.

—¡No vamos a tener más remedio que bandiarlas de a pie a estas porquerías! ¡Usté, Bermúdez, váyalas rempujando espacio! ¡Y ustedes dos síganmén!

Arremangóse hasta el nacimiento de los muslos y se lanzó decididamente al agua.

—¡Dentren por aquí que es bajo!

Calderón y Torcuato obedecieron, siempre silenciosos, y entre los tres comenzaron a transportar la majada a la otra orilla. Una tras otra, a viva fuerza, las medrosas ovejas fueron echadas al riacho y lo cruzaron flanqueadas por los hombres, que con el agua casi a la altura de la ingle resistían a pie firme la corriente. A las más débiles era preciso sujetarlas de las orejas, del hocico, de la cola. Y a algunas, incluso, había que conducir las en brazos, como si fueran niños asustados.

Una, diez, veinte veces, el capataz y sus peones atravesaron de orilla a orilla el "sangrador", que continuaba creciendo a toda prisa, bajo el golpeteo incesante de la lluvia. Torcuato y Calderón, chorreando agua y con el frío metido hasta los huesos, trabajaban sin protestar, sin quejarse, con esa muda paciencia y ese sufrido coraje de los hombres del campo, hechos a los más duros sacrificios. Don Rómulo daba órdenes breves, gruñía alguna que otras palabrotas, pero no les iba en zaga a sus compañeros en cuanto a actividad y a resistencia. Animoso, diestro e infatigable, siempre estaba en el sitio donde hacía más falta, donde el riesgo era mayor. Y su ejemplo era estoicamente seguido por los peones, en una especie de tácita solidaridad.

Ya estaba casi toda la majada a salvo cuando sobre-

vino el drama. El agua, cada vez más alta, alcanzaba a la cintura de los hombres, y la fuerza de la corriente arreciaba. Ya era muy difícil sostenerse a pie firme. Y, por momentos, los tres sentíanse desfallecer.

—¡Cuidao! ¡Cuidao! —se oyó gritar de pronto a Calderón.

Don Rómulo y Bermúdez volvieron rápidamente los ojos hacia el sitio en que aquél tenía fijos los suyos y advirtieron al punto la gravedad del trance. Torcuato acababa de tropezar con una piedra del fondo, y al caer lo había arrastrado la fuerte corriente. Todos sabían que pocos metros más abajo no haría pie.

—¡No se asuste y nade firme! —le gritó don Rómulo.

Se vio al mozo bracear desesperadamente, queriendo alcanzar la orilla. Pero el empuje incontenible del agua no tardó en doblegar sus resistencia, mellada ya por el cansancio de la larga y agobiadora faena. Y pronto su cuerpo se deslizó veloz, aguas abajo.

—¡Los lazos! —gritó don Rómulo en tono imperativo—. ¡Tírenle los lazos pa ver si puede agarrarse!

Calderón y Bermúdez corrieron a cumplir la orden. Pero ya era tarde. Torcuato, bailoteando entre el revuelto oleaje, alejándose de ellos con rapidez. Más que el cuerpo de un hombre, parecía una rama aquel bultito cada vez más pequeño y distante, que la corriente movía a su capricho. Atraído al fin por un remolino giró varias veces sobre sí mismo en aquella rueda líquida, como si fuera un trompo, y desapareció de la superficie en un abrir y cerrar de ojos. Vanamente esperaron los otros que reapareciera. Por más que escudriñaban a lo ancho y a lo largo del cauce, con ojos anhelantes, sólo veían el agua espumosa y turbia, la tromba enfurecida que se precipitaba rugiendo con sorda voz de trueno, cargada de una resaca sucia y cada vez más espesa.

En tanto la lluvia seguía cayendo con la misma intensidad del principio. Y era cada vez más numeroso y alborozado el coro de las ranas insaciables.

Al tranquilo de sus cabalgaduras, agobiada la cabeza sobre el pecho y la mirada ausente, inexpressiva, regresaban los otros tres hombres a la estancia.

Don Rómulo iba adelante, como siempre. Su curtido rostro permanecía inmutable. Pero llevaba el corazón cargado de amargura. Calderón y Bermúdez, por su parte, marchaban rezagados, cambiando de tanto en tanto alguna que otra palabra.

—¡Pobre Torcuato! ¡Quién iba a decir!...

—Y... al que le toca le toca. Son gajes del trabajo.

—Tenés razón. Pero duele. Y más tratándose de un compañero'e ley...

No dijeron más. Pero ambos iban pensando para sí, con una mezcla de ciego fatalismo y de impotente rabia, que un peón, después de todo, no significa nada en una estancia, pues hombres siempre sobran para reemplazar al que se va o se muere; que lo único que importa en realidad es la hacienda; y que por lo tanto ahora, habiéndose salvado la majada, que era lo principal...

Interrumpió aquellas reflexiones irónicas y amargas la voz del capataz:

—Hay que dir en seguida a la comisaría a dar parte de este asunto. Y tendrá que hacerlo usted, Bermúdez, que está más descansao que nosotros.

El aludido asintió sin hablar, con un breve movimiento de cabeza. Iría él, total... Aquello, a su juicio, era una verdadera idiotez. Ganas de dar trabajo a la gente, de perder el tiempo. Porque lo cierto era que al

pobre Torcuato se lo había tragado el agua y no podría resucitarlo nadie, por más policía que fuera.

Allá a lo lejos se divisaba la mancha de la estancia, blanqueando entre los árboles. Pero los hombres, empapados, sombríos, cabizbajos, ya no tenían apuro. Y continuaron la marcha siempre al tranco, chapaleando agua y barro, bajo el borroso y monótono rumor de la lluvia interminable.

(De: Agua mansa)

Un peón de la estancia llegó al promediar la tarde con la noticia. Primero dijo que Aldama estaba grave, que había que tener valor y prepararse, porque todo —hasta lo peor— era posible.

Pero cuando doña Casilda lo miró a los ojos, animosa y sin lágrimas, como exigiéndole con esa actitud resuelta la verdad entera, por terrible que fuese, el hombre se dio cuenta de que allí estaban de más los disimulos.

—Sí, doña; hay que resinarse. La cornada jue tan bárbara que el finadito, el pobre, murió sin decir palabra.

—¿Y cuándo tráin el cuerpo?

—Ya viene en viaje. Lo trai el carro'e la estancia. Pa las cinco, a más tardar, estará aquí. Si puedo servirla en algo mientras tanto...

—No, muchas gracias. No preciso nada.

Había advertido la impaciencia del hombre, su mal embozado deseo de eludir aquella desgracia que no le interesaba, que su visible egoísmo le impedía compartir. Y por eso rechazó el ofrecimiento puramente formal, de compromiso, y hecho además con palabra desabrida y floja.

—Hasta más ver, entonces. Tengo que pegar la vuelta hoy mismo porque estamos de trabajo hasta los ojos. Con esta seca que hay muere ganao a bocha.

—Servir a ustedé, don.

Vio al hombre montar de un salto en el moro sudoroso, virar riendas y alejarse al galope por el reseco callejón, levantando una nube de polvo amarillento.

Durante unos segundos se mantuvo inmóvil en la puerta del rancho, mirando hacia el baldío próximo,

donde los marchitos pastos se retorcían de sed, quemados por los soles implacables de aquel duro verano.

Su rostro enjuto permanecía impassible. Sus ojos irradiaban un fulgor como de vidrio, quieto e inexpressivo. Y ni el menor asomo de llanto velaba las córneas áridas. Diríase que hasta allí había alcanzado el rigor de la bárbara sequía que agrietaba los campos, enflaquecía los ríos y estancaba en lagunetas pútridas los cortados arroyos.

Un rápido susurrar de pies descalzos en torno de su falda y una voz infantil, medrosa y sorprendida, devolvieronla de golpe a la tremenda realidad.

—¿Quién era ese hombre, mama? ¿Qué pasó?

Bajó la mirada y vio los ojos interrogantes del hijo que acababa de llegar, con la lata de agua verdosa y mal oliente en la mano, manchada todavía por el barro del lejano zanjón.

Fue entonces, recién entonces, que pareció adquirir conciencia de lo ocurrido. Y sensibilidad para sufrirlo a fondo, desde las entrañas mismas. Y lágrimas para llorarle en toda su abrumadora magnitud de hecho definitivo, irreparable.

Tuvo que ver frente a sí al hijo vivo para entender la muerte del marido. Como si a esa muerte sólo pudieran comunicársela la presencia del muchacho asombrado, el desamparo inocente de sus ojos, sus flacas piernas, sus rodillas sucias, la endebles del pescuezo escrofuloso y la maraña apelmazada del revuelto cabello, que se erguía pidiendo agua y jabón.

Fue una conmoción brutal, que la hizo tambalearse, y a la que siguió un incontenible arrebato de ternura.

El muchacho se vio súbitamente alzado en vilo y apretado contra la greña y la mejilla materna. Sintió la boca torpe —que había perdido ya la costumbre de besarlo— resbalar por su frente, sus ojos y sus sienes, y

cosquillearle después porfiadamente en el cuello y las orejas. Y se estremeció al contacto de aquel cálido llanto desbordado al fin, copioso, interminable, que le surcaba el rostro de arroyitos salobres.

—¡Jacinto! ¡M'hijo querido! ¡Tu pobre padre!...

No pudo o no quiso terminar la frase. Pero tampoco era necesario que lo hiciera. Jacinto, con sus nueve años escasos, sabía ya que se vive y que se muere, y que las gentes prefieren siempre vivir, por muy difícil y muy amargo que sea.

Tras el violento arrebato, la madre se rehizo. Dejó al niño en el suelo, secóse rápidamente los ojos con el dorso de la mano, y ordenó:

—Andáte corriendo a lo de mi compadre Anselmo y decíle si puede venir en seguida, que lo preciso de apuro.

Mientras atravesaba a toda prisa el baldío sediento y miserable, lleno de latas herrumbrosas, de trapos desteñidos y de abrojos secos, Jacinto iba pensando en la muerte de su padre, el más importante sin duda de cuantos hechos habían acontecido en su monótona vida.

Imaginábase el interés con que le observarían los demás muchachos cuando volviese a la escuela. El llevaría un crespón negro en el brazo, como lo había hecho antes Benito, el hijo del farolero. Y tal vez la señorita Matilde, su maestra, lo besara en la frente y le acariciara las mejillas con aquellos dedos perfumados, regordetes y suaves, que tanto le llamaban la atención.

Durante un par de días, por lo menos, se convertiría en el centro de la atención general. Todos sentirían lástima de él. Y eso seguramente habría de causarle rabia.

Claro está que no iba a demostrarlo, pues se daba sobrada cuenta de que tal proceder era incorrecto. Cuando se pierde al padre no hay más remedio que dejarse compadecer sin protestas. Y hasta es preciso también llorar un poco, a fin de que la compasión ajena tenga razón de ser. Sin embargo, él no podría hacerlo. De eso estaba seguro. Si hubiera muerto su madre sí, lloraría a gritos y sin cesar, noche y día, hasta quedarse sin voz y sin lágrimas. Solamente de imaginarlo alguna vez —cuando ella enfermó de tífus, por ejemplo— había sentido fluir de sus ojos un torrente inagotable de llanto. Y no porque su madre fuera tierna con él. Nada de eso. Era áspera más bien. Y algunas veces hasta solía pegarle. Pero, aparte del de la sangre, existían entre ambos vínculos profundos que él no podía explicarse, porque estaban constituidos por mil pequeñas cosas sin valor aparente: los silencios comunes y las triviales palabras cambiadas cada día; el simple hecho de amanecer y anochecer entre las mismas paredes, de compartir en el invierno la única frazada, de sustentarse con la misma galleta y la misma sopa chirle, de oír juntos el borroso rumor de la lluvia sobre el techo y el zumbido del viento en las revueltas pajas de la quinchá.

Eran los vínculos poderosos de la cercanía física, la influencia cálida y directa de la proximidad, la unión profunda que determinaba el simple fluir del tiempo vivido en compañía...

En cambio con su padre nada tenía de común. Aquel hombre había estado siempre lejos, trabajando de peón en las estancias, o quemando carbón en los montes, o arreando tropas por los largos caminos. Y las raras veces que aparecía en el rancho, con su rostro curtido y su mutismo huraño —sólo interrumpido por sendos carraspeos o golpes de bronca tos—, era para desempeñar allí un abominable rol de usurpador. Se lo quitaba todo —el sitio que ocupaba en el destartalado ca-

mastro matrimonial, la vieja taza esmaltada del desayuno, la sillita de paja de la cocina—, relegándole además a un segundo plano irritante en el cuidado y la atención de la madre.

Pero lo que más lo separaba de él era el recuerdo de aquella paliza injusta que le propinó cierto día, acusándolo de haberle hurtado una moneda de cinco centésimos que apareció después debajo de la cama, al efectuar doña Casilda el barrido matinal.

Fue aquella la primera vez que sintió odio contra alguien. Y hasta llegó a desear, allá en lo íntimo de su corazón, que el autor de tamaña injusticia se muriera. Nunca quiso confesarse abiertamente tal deseo, pues se lo impedía un confuso sentimiento, mezcla de vergüenza y miedo. Pero en el fondo sabía bien que lo había experimentado.

Y ahora, ya enfriado el rencor que lo inspirara, aquel deseo habíase cumplido en forma sorpresiva. Su padre estaba muerto.

Por un instante lo invadió cierto malestar extraño, indefinible, al que no era ajeno el confuso sentimiento de culpabilidad que le estaba royendo el corazón.

Pero ni aún así pudo llorar. Sus ojos continuaban secos cuando llamó en el rancho del compadre Anselmo.

Antes de la llegada del carro que conducía el cadáver ya estaba todo listo para velarlo, pues don Anselmo no era hombre de andar con titubeos ni vacilaciones.

Un vecino prestó la mesa —demasiado grande para el rancho estrecho—; otros contribuyeron con sillas y bancos de variada forma y de diverso tamaño, aunque, eso sí, todos destartalados. Las velas de sebo aguardaban sobre sus respectivos candeleros de lata. Y ya andaba

circulando de rancho en rancho el papel de la “suscripción”, cuyo importe se destinaría a costear el modestísimo ataúd de pino. En cuanto a los demás gastos —café, azúcar, yerba y caña—, correrían por cuenta del propio don Anselmo, ya que la viuda andaba “desprevenida de plata”, y él, casualmente, acababa de cobrar su jubilación de sargento. Para arreglar habría tiempo después que pasara el duelo. El no tenía apuro. Y, por otra parte, ayudar a los vecinos en desgracia era un deber sagrado, primordial, al que no podía sustraerse ningún hombre que tuviese el corazón en su sitio.

Al fin apareció el carro, tirado por dos caballos flacos y conducido por un hercúleo negro de aplastada nariz y mota espesa, sobre la cual blanqueaba, sin penetrarla, el abundante polvo del camino.

El negro era conocido de don Anselmo, que al verle salió a su encuentro con la mano extendida.

—¿Qué tal, amigo Pereira?

—Ya lo ve, don Anselmo. Carretiando siempre.

—¿Y la patrona? ¿Y los gurises? ¿Bien?

—Bien, sí, señor. Por áhura, gracias a Dios...

—Me alegro.

Mientras hablaban, don Anselmo echó un vistazo al interior del carro y vio el cuerpo ensangrentado y rígido de Aldama, mal cubierto por un raído poncho de verano.

—¡Pobre compadre! ¡Quién iba a carcular! —fue su primer comentario.

Luego preguntó al negro, que acababa de saltar del pescante y se tironeaba la pretina de la sucia bombacha, para ajustar acto seguido el cinto sobre ella:

—¿Jue grande la cornada?

—Machaza. Le abrió en el pecho, allá en él, un cuaterno como de jeme y medio.

—No habrá penao nada entonces, el compadre.

—Nadita. Cayó como muerto'e rayo, le garanto.

—Más vale así...

Entre los dos alzaron el cadáver y lo condujeron al interior del rancho.

Algunas mujeres corrieron a rodear a doña Casilda, procurando sostenerla en el difícil trance con las palabras de siempre:

—Coraje, vecina. Con afligirse nada se remedea.

—¡Qué le vamos a hacer! Es el destino y hay que resinarse.

—Si uno se desespera es peor...

Pero la verdad era que ella no estaba desesperada. Ni siquiera afligida. El dolor se le había recogido allá adentro, muy hondo, y no dejaba traslucir un solo indicio. Su cara tenía una expresión ausente y vaga, con más de máscara que de rostro humano. Los ojos estaban como desiertos. Los movimientos parecían de autómata. Y los labios se apretaban casi hasta borrar la boca, en un silencio aislante y obstinado.

Diríase que la muerte, incomunicable, misteriosa y fría, tenía una presencia más rotunda en ella que en el cuerpo ensangrentado del marido, al que sus propias manos ayudaron a lavar y amortajar.

Metiendo la cabeza por entre el grupo de gentes atareadas que ni siquiera se fijaban en él, Jacinto pudo ver el rostro del difunto. Y vio también aquello que más vivamente acuciaba su curiosidad medrosa: el bárbaro desgarrón de bordes amoratados, por el cual asomaban las revueltas vísceras y las puntas desiguales, ásperas y filosas de las costillas rotas.

Un cúmulo de sensaciones y de impulsos dispares le sacudió con violencia cuerpo y alma ante aquella visión insospechada, sobrecogedora, que parecía lastimarle los ojos con su cruda realidad.

De todo ello, solamente quedó en pie una certidumbre. Su padre no estaba allí. No era ya el suyo aquel cuerpo destrozado, como tampoco era la suya

aquella cara pálida, con barba de varios días y exangües labios entreabiertos, que parecían sonreír de un modo burlón y amargo, descubriendo los grandes dientes negros de nicotina. Ningún vestigio conservaban de él los ojos enigmáticos —en los cuales se había estancado una luz fría—, ni la nariz de aletas afiladas, a la que la muerte iba imprimiendo una como lejana y azulosa transparencia.

No; su padre no estaba allí. Aquello era un cadáver indefenso, una masa de carne inerte que nada tenía que ver con el hombre de tez curtida y manos rudas que llegaba a caballo, oliendo a sudor agrio y a tabaco fuerte, y le arrebatava despóticamente su sitio en el camastro materno, su taza descascarada, su sillita de paja; con el hombre taciturno y hostil que en una ocasión le dio una tunda injusta, a causa de una moneda que él no había robado. No podía ser su padre aquella piltrafa inmóvil. Porque ahora su padre estaba lejos, infinitamente lejos. Y él lo sabía ausente para siempre.

Fue la certidumbre de esa definitiva ausencia, y no la vista de aquel cuerpo exánime, lo que lo reconcilió con el muerto y terminó por arrasarlo en llanto, a pesar suyo.

Era alta noche y no podía dormir. Tantas emociones y tantos acontecimientos imprevistos habíanle desvelado.

Cerraba los ojos y veía flotar delante de ellos el cadáver con el pecho roto. La herida era como una boca deforme y sin lengua entre la cual blanqueaban —dientes monstruosos y absurdos— las puntas de las costillas quebradas.

Levantaba de nuevo los párpados y la luz de las velas, filtrándose a través de la arpillera que dividía el

rancho en dos piezas, devolvíale la imagen de su madre, inmóvil sobre la cama, con la mirada fija en las varas de la quincha.

Doña Casilda tenía pegados a las sienes sendos parches de barro y en la frente un paño húmedo, contra la jaqueca. Sus manos sostenían el jarrito con el té de toronjil que ni siquiera probó.

No hacía un movimiento. No lanzaba una queja. Pero el llanto que corría por su cara y empapaba la almohada era una firme prueba de que ahora, en la penumbra callada y solitaria, había recuperado su derecho a sufrir.

—¡Caminá a dormir, Jacinto!

El niño dejaba de mirarla, revolviéndose en la cama, y volvía la vista hacia la pieza contigua. En el biombo se proyectaban, como sombras chinescas, las personas y las cosas. A ratos se encendían fugaces diálogos entre los veladores.

—¡Tiempo perro, éste! —rezongaba el negro Pereira, que se había quedado a pasar la noche “acompañando el cuerpo”, para regresar a la estancia de madrugada, “con la fresca”.

—¡Si podrá ser! Van pa dos meses que no cai una gota —asentía don Anselmo, rehaciendo sin prisa su des-tripado pucho.

—De no cambiar el viento estamos bien aviaos.

—Ya lo creo. Tendremos que comer sopa de arena.

Oscureciendo por un instante la pieza con su blando y derramado corpachón, la parda Ambrosia, tijera en mano, despuntaba los pabilos humeantes.

—¡Mire que vienen cascarrias las velas de hoy en día! Antes las hacían de una espelma especial. Daban una luz preciosa y no chorriaban ni tenían jedor.

Al no obtener respuesta miraba el rostro del muerto, cual si esperase que él le diera la razón. Luego se

hacía rápidamente la señal de la cruz y retornaba a su asiento.

—Ta quedando rechoncha, doña Ambrosia. Se ve que le aprobó el casamiento.

La voz de la tuerta Eufemia, detrás de su aparente ironía, dejaba traslucir un agrio retintín de envidia. Ella era una mujer de corazón en blanco, a la que nadie, nunca, le había arrastrado el ala. Aparte del defecto físico que le estropeaba el rostro, tenía el cuerpo flaco y liso como una tabla. Ni pechos, ni caderas, ni nalgas. Nada que pudiese atraer y detener sobre ella la mirada de un hombre. Y para que su desdicha fuese completa, carecía en absoluto de gracia. Era un palo vestido, que se iba consumiendo en la aridez de sus días rencorosos y de sus noches vacías, aferrada a una esperanza que ella misma sabía vana. Siempre concurría a los velorios, empujada tal vez por un impulso del que no tenía conciencia. Acaso intuyendo que la muerte suele acercar a las criaturas humanas más que cualquier otro hecho, y que los hombres son más propensos a enamorarse cuando los hiere su presencia fea y triste, que elimina distancias temporales y borra des-niveles físicos.

“¿Y usted por qué no se casa, entonces, pa ver si medio repecha? Le hace más falta que a mí, se lo garantanto”.

Esa fue la respuesta que tuvo Ambrosia en la punta de la lengua, pero que no pronunció. Porque ella era mujer también y comprendía el doloroso origen de aquella agresividad. Y tal vez porque su situación de ventaja, con respecto a la otra, facilitábale la compasión.

—No tiene nada que ver —contestó en tono bonachón e inocente—. Lo que pasa es que soy de familia cargazón. El finao tata era grandote y gordo como él solo, y mama, la pobre, no se quedaba atrás. Pero me gustaría mucho más ser como usted, delgadita...

Hubo un silencio, larguísimo, que sólo interrumpía el sonido del mate al vaciarse, los lejanos ladridos de algún perro o el pito de los guardias civiles "pasándose la palabra".

Hasta los oídos de Jacinto llegó por fin, a través de la niebla de sutil duermevela que lo amodorraba, el canto del primer gallo. Luego cantaron otros muchos, cada vez más cerca. Y por último, en el patio, el de su madre. Oyó claramente el acompasado batir de las alas. Después el grito ronco y desapacible, pero cargado de una afirmativa fuerza y de una altivez rotunda, desafiante. Por un momento se imaginó al ave de plumaje rojizo, de vivos ojos y encendida cresta, irguiéndose resuelta sobre el palo en que dormía y vibrando desde las patas al pico en el alarde de su grito augural.

Para aquel animal la muerte no existía. En él la vida señoreaba potente e instintiva, con una cálida y total seguridad, que trascendiendo los límites de su pequeño cuerpo comunicábase, eufórica, a cuanto le rodeaba.

La atención de Jacinto se concentró de nuevo en el velorio, atraída por dos sombras bamboleantes y dos voces gangosas que acababan de irrumpir allí de un modo brusco, irrespetuoso.

Conoció en seguida una de aquellas voces, inconfundible para quien la hubiera oído solamente una vez. Era la de Gabino Mieres, el aguatero, que más que voz humana parecía el graznido áspero de un cuervo.

Los recién llegados se aproximaron al féretro. Y el acompañante de Gabino, inclinándose sobre el rostro del muerto, dijo:

—¡Pero qué ocurrencia la suya, compañero! ¡Dirse de este mundo habiendo tanta caña pa chupar!...

Luego acercó a una de las velas su baboso pucho. Y ya iba a encenderlo cuando un manotazo violento de don Anselmo se lo arrebató.

—¡Respete, amigo! ¿No ve que está en un velorio?
—¿Lo qué, viejo'e porquería? —gruñó el aludido, estropajoso.

Pero ya don Anselmo lo sacaba puerta afuera, a empujones.

—¡Y vos también te me mandás mudar, Gabino! ¿No te da vergüenza, tamaño hombre, andar haciendo papeles?

La voz del aguatero chirrió, ininteligible, y su diestra buscó con disimulo la cintura. Pero ya el cuchillo del negro Pereira, agudo como una lezna, le rozaba amenazadoramente el vientre.

—¡Salí p'ajuera o te aujereo las tripas!
El peligro hizo entrar en razón a los borrachos, que se alejaron dando tropezones. Minutos después se les oyó canturrear a la distancia. Don Anselmo y el negro comentaron apenas el suceso:

—¿Habrás visto desparpajo igual?
—Es que la gente ya no respeta nada, amigo.

Jacinto advirtió que doña Casilda sollozaba ahora, sin poder reprimirse. Y experimentó un violento rencor hacia Gabino Mieres y su compañero, a la vez que el deseo, tan intenso como absurdo, de que su padre resucitara para pedirles cuenta del ultraje.

Por las hendiduras de la pequeña ventana empezó a filtrarse el alba. Revolotearon lujuriosos gorriones y clarineó un casal de horneros sobre el rancho.

Jacinto tornó a mirar a través del biombo improvisado. La llama de las velas se había vuelto casi invisible de tan pálida. Pereira y don Anselmo tomaban mate por tercera o cuarta vez e intercambiaban cigarros, mientras rememoraban lejanos hechos vividos en común. Como liberadas de un miedo inhibitorio, las mujeres hablaban ahora casi en voz alta y sin mirar el ataúd. Y hasta rió con risa franca una de ellas, olvidándose del sitio en que se hallaba.

El nuevo día acababa de nacer. Y, como siempre, la muerte perdía prestigio en su presencia.

Don Rufino Caldas, el sepulturero, abría la fosa acezando, como un perro cansado. Por la abierta camisa de percal se le veía la pelambre ya grisácea del pecho. Un sudor abundante le corría por las flacas mejillas, empapando la barba. Mezclándose al olor de la tierra gredosa, y dominándolo, esparcíase por el aire caliente un fuerte tufo a sobaco.

Eran las diez de la mañana y el sol cegaba ya, con rabioso centelleo, desde el azul metálico del cielo inalderable. La media docena de acompañantes había dejado el féretro sobre los yuyos mustios y aguardaba, fijos los ojos en el rectángulo que ahondaba penosamente don Rufino, y en cuyos bordes se iba acumulando con lentitud la tierra parda y reseca.

—¿Quiere que le dea una manito, viejo? —ofreció con su voz chirriante Gabino, el aguatero, procurando seguramente redimirse así del sacrilegio de la noche anterior.

Se había unido al cortejo cerca ya del cementerio, tan silencioso y humilde, que nadie se apercibió de su presencia. Y ahora, con los ojos enrojecidos y las manos temblonas a causa del exceso alcohólico, se aproximaba torpemente al viejo sepulturero, ansioso por prestarle su colaboración.

—Déame la bolada. Yo soy más muchacho y estoy más descansao...

—La Junta no permite, compañero. Pero le agradezco igual.

—Ha de estar como piedra esa tierra —terció don Anselmo, que evidentemente buscaba tranquilizar al aguatero, apiadado sin duda de su confusión.

—¡Si estará! —corroboró Gabino, feliz al ver que el ex sargento no le guardaba rencor—. ¡Pero también con la sequita que hay!...

—¡Qué lo parió al verano éste! ¡Pa mí que hasta los camalotes se van a morir de sé!

De la mano del tío Celedonio, que había llegado esa mañana al pueblo y se había enterado casualmente de la muerte de su hermano, Jacinto oía y observaba todo sin perder detalle. Doña Casilda había querido oponerse a que su hijo concurriera al entierro. Pero el tío insistió, esgrimiendo un argumento para ella irrefutable:

—Déjelo que vaya, cuñada. El no es una mujercita. Cuando el finao y yo perdimos a tata éramos más gu-rises. Y hasta ayudamos a echarle tierra al cajón...

Una vez que la fosa estuvo terminada don Rufino saltó fuera, y sacando de atrás de la oreja un pucho renegrido lo encendió calmosamente.

Era un viejo chiquito, de flacura inverosímil. Un armazón de huesos que empujaban por todas partes el pellejo rugoso y amarillo, como queriendo agujerearlo y salir a terminar de secarse. Parecía imposible que aquella ruina humana, aquel sobreviviente de sí mismo, para quien ya el futuro no podía tener sentido, fuera precisamente el encargado de enterrar a los demás.

Entre cuatro hombres bajaron el ataúd hasta el fondo del hoyo. Entonces Celedonio apoyó su ruda mano en la cabeza del gurí, diciéndole:

—Echále vos el primer terrón arriba. Pa eso sos el hijo, pues.

Jacinto obedeció en silencio, con una confusa mezcla de temor y orgullo. El terrón resonó sordamente al golpear contra la tabla. Hubo un sollozo reprimido. Alzó la cabeza y vio a la gorda Ambrosia con el pañuelo apretado contra la boca y dos gruesas lágrimas mojándole los pómulos. En cambio él y su tío, que eran los

dolientes, tenían los ojos secos. ¿Por qué?

Sintióse avergonzado y deprimido y trató de no pensar más en aquello.

Don Rufino había vuelto a empuñar la pala y cubría de tierra la fosa entre sonoros jadeos. Cuando estuvo completamente llena, clavó al frente una cruz con una chapa de lata en el centro. Sobre la chapa alguien había grabado esta inscripción:

LUSIANO ALDAMA
Q.E.P.D.

Don Anselmo fue el único que se dio cuenta del error ortográfico. Pero no dijo nada. ¿Para qué? Después de todo, nada importaba una letra más o menos en la tumba de un pobre, sobre una endeble cruz que no tardarían en abatir y deshacer los vientos.

El pequeño grupo caminó en silencio hacia la portera del cementerio, acosado por los tábanos que se levantaban del mustio pastizal.

La cruda luz del sol cegaba al proyectarse sobre los nichos blancos de la zona principal, donde señoreaban las lápidas de mármol y se erguían los mal tallados grupos alegóricos que simbolizaban la Virtud, el Destino, la Piedad... Una ráfaga caliente agitó las coronas artificiales, cuyas flores esmaltadas produjeron al moverse un lúgubre rumor.

Rehaciendo su interrumpido camino, un ejército de hormigas coloradas cruzó por encima de la tumba nueva, donde se acoplaban chillando dos gorriones.

Sobre la rústica cruz destelló la brasa viva de un churrinche, como afirmando el triunfo del verano.

Allí la muerte ya no era más que un recuerdo.

(De: Agua mansa)

INDICE

Introducción	7
La mujer	11
Garito	17
Monteadores	22
Yunta	30
Un hombre	37
Churrinche	46
Milicos	54
Contrabandistas	61
Infancia	71
El recuerdo indeleble	76
Retardo	81
Un sueño	87
Donato	91
Garceros	97
La creciente	102
Velorio	112

Este volumen de la colección **Bolsilibros Arca**, fue impreso en forma cooperativa en los talleres gráficos de la Comunidad del Sur, Canelones 1484, Montevideo, en el mes de junio de 1967. Comisión del Papel. Edición amparada en el art. 79 de la ley 13.349.

En carne viva, Burbujas, Asfalto, Agua mansa, son los exitosos conjuntos de cuentos de Serafín J. García de los que se han seleccionado los que integran este tomo, donde se nos muestra humanísimo intérprete del hombre uruguayo.